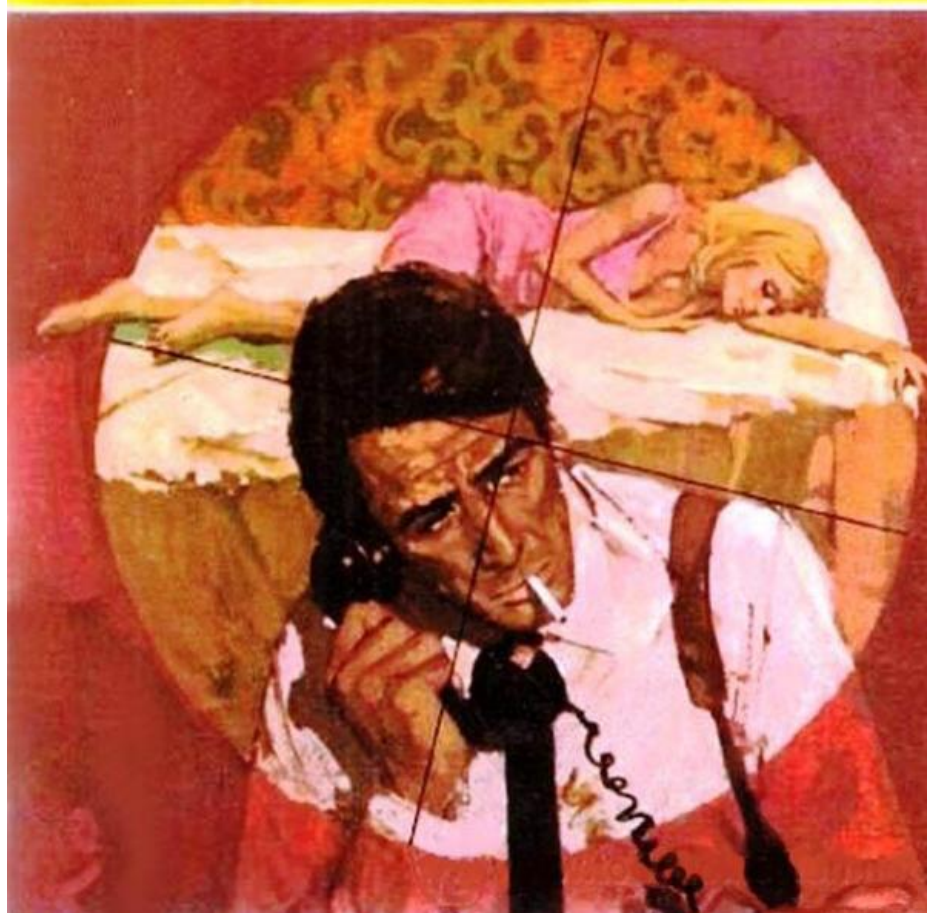


PUNTO
ROJO

un g-man solitario



clark carrados



COLECCION

PUNTO ROJO



MYRON
SPRAGUE



#111A
7-9-62

CLARK CARRADOS

UN «G-MAN» SOLITARIO

Colección PUNTO ROJO n.º 281
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 16.746-1967

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: septiembre 1967

© CLARK CARRADOS - 1967

sobre la parte literaria

© ANGEL BADIA - 1967

sobre la cubierta

© PEÑA - 1967

sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
990. — El sitio.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
844. — Detective por error.
- En Colección BÚFALO:
680. — Chacales en la pradera.
- En Colección CALIFORNIA:
486. — Ley de hierro.
- En Colección COLORADO:
460. — Capitán de río.
- En Colección KANSAS:
427. — El orgullo y la furia.
- En Colección BRAVO OESTE:
289. — Humo en el valle.
- En Colección PUNTO ROJO:
248. — El Lago de la Muerte.
- En Colección TEXAS:
533. — La sed del infierno.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
247. — La espada y la balanza.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
153. — Ciudad de muñecos.
- En Colección ASES DEL OESTE:
409. — La vuelta del yanki.
- En Colección ALTO SECRETO:
10. — Juego doble contra el F.B.I.

CAPÍTULO PRIMERO

Apaciblemente sentado sobre un taburete de lona, a la sombra de unos árboles, Myron Sprague trataba de llevar al lienzo el panorama que se divisaba desde el lugar donde se hallaba.

Frente a él, separadas por una distancia de unos setecientos metros, había una larga hilera de colinas casi peladas, en las cuales apenas si crecían algunas plantas abrasadas por el sol. Más a lo lejos y a un nivel inferior, se divisaba una vasta llanura.

El final de la llanura era el mismo horizonte. A veces, dependiendo ello de las alteraciones en la transparencia de la atmósfera, motivadas por la elevada temperatura que reinaba, se distinguían unos chispazos brillantes. Era el reflejo del sol en las aguas del río Grande.

La hilera de colinas estaba situada casi perpendicularmente al trazado del río, en una dirección aproximada de Norte a Sur. Una carretera secundaria ascendía contorneando las colinas, atravesaba un paso y descendía al otro lado, hacia un extenso valle, en cuyo centro se hallaba situada la ciudad de Colfax Hill.

Sprague pintaba sin demasiada convicción. El panorama, bien mirado, tenía poco de atractivo.

A su derecha, había una pequeña mesita, situada sobre un caballete plegable. En ella tenía Sprague las pinturas.

La mesita, sin embargo, tenía un grosor algo desusado para ser la maleta de un pintor. Ello se debía a la necesidad de esconder en su interior un par de potentes prismáticos.

Myron Sprague no era lo que aparentaba. No era ni pintor aficionado en sus ratos de ocio, ni un abogado recientemente establecido en Colfax Hill, como creía todo el mundo, sino un agente del F.B.I.

Y su presencia allí tenía un motivo: detener una corriente de drogas que llegaban de Méjico a través del río Grande. Se conocía el tráfico y se sospechaba de algunos, que podían ser los traficantes, pero era poco más lo que se sabía.

Tiempo atrás, habían sido enviados unos investigadores especiales, con la misma misión que le había sido asignada a Sprague. La investigación había fracasado rotundamente, porque el transporte de la droga cesó casi a renglón seguido de la llegada de los agentes.

Estos tuvieron que irse a poco, habiendo fracasado en su misión. El tráfico de la droga se reanudó casi instantáneamente.

Entonces, se asignó a Sprague el encargo de hallar las pruebas que permitieran poner fin a tan criminal tráfico. Un hombre solo, podía pasar mejor desapercibido que varios, fueron los cálculos que se hicieron en el estado mayor del F.B.I.

Sprague era abogado y le gustaba la pintura. Ambas cosas le permitirían investigar discretamente y moverse por todas partes, sin despertar sospechas. No obstante, era preciso ser sumamente cuidadoso; había cientos de miles de dólares en juego y los traficantes de narcóticos no tendrían piedad de él si descubrían su identidad.

Hacerle desaparecer resultaría para los *gángsters* empresa de poca monta. Naturalmente, Sprague no estaba dispuesto a correr aquella suerte.

Llevaba ya un par de meses en Colfax Hill y, hasta entonces, no había conseguido nada positivo. Su aspecto delgado y su palidez, provocada artificialmente, habían sido los motivos oficiales de su llegada a la ciudad, la que le habían recomendado, dijo, por su excelente clima. Él pensaba reponerse allí de una larga enfermedad. Y ganar también algún dinero con su profesión de abogado.

Dos meses habían transcurrido desde su llegada a Colfax Hill. Podía decirse que no había adelantado nada en todo aquel tiempo, salvo reponer su «quebrantada» salud. Había ganado unos kilos y sus mejillas se habían tostado. Pero eso era todo.

Sin embargo, la víspera había recibido un telegrama, de apariencia inofensiva, pero redactado en una clave especial. También al otro lado de la frontera se investigaba y se conocía el envío de una importante cantidad de droga. Se suponía que los traficantes la harían pasar por aquella carretera secundaria por la que solo transitaban algunos automóviles, muy de cuando en cuando.

El tiempo pasaba lentamente y, hasta el mediodía, Sprague no había visto nada anormal desde su observatorio. Se preguntó si el paso de la droga se haría por la noche.

Un automóvil apareció de pronto, llegando desde el paso por la parte alta de las colinas. La carretera no estaba muy bien asfaltada y el vehículo dejaba una estela de polvo que permanecía largo rato suspendida, a causa de la quietud de la atmósfera.

El coche descendió con relativa lentitud, ciñéndose a las curvas del camino. Ochocientos metros más abajo del paso, se detuvo, casi frente al lugar donde Sprague estaba pintando.

Un hombre se apeó del vehículo. Sacó un cigarrillo y lo encendió, apoyándose luego en un costado del coche con gesto negligente.

Sprague extrajo los prismáticos y lanzó un rápido vistazo a la carretera. Había dos hombres más en el automóvil. Sprague les había visto en la

ciudad en alguna ocasión.

Parecían esperar a alguien. El coche estaba detenido a la salida de una curva bastante cerrada. No podía ser visto por ningún vehículo que se dirigiese a la ciudad, hasta que hubiese doblado la curva.

Los árboles le ocultaban bastante bien. Sprague confió en pasar desapercibido a los ojos de los tres individuos.

Movió los prismáticos, siguiendo la carretera. De pronto, divisó una leve columna de polvo en la llanura, al pie de las colinas.

La nube de polvo se movía hacia arriba. Sprague enfocó los prismáticos en dirección a aquel punto.

El sujeto que estaba fuera del coche vio también la polvareda y se inclinó para hablar con sus compañeros. Ninguno de ellos, hasta el momento, parecía advertir que estaban siendo observados.

El segundo automóvil ascendió la sinuosa pendiente. Minutos más tarde, asomó por la curva y su conductor se vio obligado a frenar casi en seco al ver que otro vehículo le cerraba el paso.

Sprague divisó la escena con toda claridad. Los prismáticos eran de dieciséis aumentos, lo cual acercaba las imágenes de tal modo que parecía tener a los protagonistas de la escena a unos cuarenta y cinco metros de distancia. No se perdió ni un solo detalle de lo que ocurrió a continuación.

El individuo que estaba de pie se acercó al coche recién llegado y habló con su conductor. Este salió afuera.

Otro hombre venía con él. Sprague le vio que permanecía inmóvil junto al puesto del conductor, sosteniendo algo entre sus manos.

De pronto, los otros dos sujetos se apearon del coche, empuñando sendas pistolas. Sprague se sobresaltó.

Los recién llegados levantaron las manos. El que estaba dentro del auto fue obligado a salir a la fuerza.

Lo que tenía entre las manos era una cartera. Uno se la quitó de un tirón. Luego les hicieron volverse de espaldas.

Entonces, dos pistolas se abatieron sobre sus cráneos. Los dos sujetos cayeron fulminados al suelo.

A continuación, sus agresores les introdujeron en el coche. Uno de ellos soltó el freno de mano, mientras dos empujaban el vehículo hacia el borde del camino.

El automóvil se salió de la carretera y empezó a rodar por la pendiente. De pronto, tropezó con una roca salediza y dio un enorme salto.

Había bastante distancia de la carretera al fondo del barranco. El coche rodó, dejando en su trayectoria partes de su estructura, hasta estrellarse al final, contra un amontonamiento de rocas caídas en el transcurso de los tiempos.

Sprague continuaba observando la escena, perplejo por los dos asesinatos cometidos, cuya razón no se le alcanzaba en absoluto. ¿Habían

cometido lo recién llegados alguna traición contra sus compinches?

Sprague se sintió tentado de intervenir, pero abandonó la idea en el acto.

Lo menos que hubiese podido pasar era que su identidad habría quedado al descubierto. Le interesaba continuar manteniendo el incógnito, aparte de que ya no podía hacer nada por los dos asesinados.

El trío regresó al coche. Uno llevaba en las manos la cartera. Sprague hubiese dado algo bueno por conocer su contenido.

Instantes después, el automóvil viró en redondo y se alejó a la ciudad a todo gas. El lugar volvió a quedar desierto.

Unos buharros daban vueltas en las alturas. Sprague se mordió los labios y, tras algunos segundos de indecisión, recogió sus bártulos, dejándolos al pie de un árbol.

Emprendió el descenso hacia el fondo del barranco. El sol pegaba fuerte.

Poco después, llegó junto al vehículo siniestrado.

Uno de sus ocupantes había sido despedido fuera. Estaba horriblemente destrozado y su muerte se había producido en el acto.

El otro continuaba dentro del coche, el cual, después de los tumbos y vueltas dados en la caída, había quedado en posición normal. El techo estaba casi hundido y la estructura del automóvil no era más que un amasijo de hierros rotos y retorcidos.

Olía intensamente a gasolina. Resultaba incomprensible que el coche no hubiese ardido.

Para los asesinos, sin embargo, el resultado era igual. Los ocupantes del vehículo habían muerto.

Sprague estaba equivocado. De pronto, oyó un sordo gemido.

El hombre que estaba dentro del coche se movió débilmente. Para poderle ver con comodidad, Sprague tuvo que arrodillarse.

De todas formas, agonizaba. El volante se había roto y la columna de dirección le habían hundido el pecho. La sangre brotaba por sus labios.

Los ojos del moribundo se volvieron hacia él. Sus labios se movieron débilmente.

—Braddon... Bess... —dijo, con un susurro.

—¿Ha sido Braddon? —preguntó Sprague.

—Sí...

La voz del agonizante apenas se oía.

—¿Quién es Bess? —preguntó el federal.

—Bess sabe...

La cabeza del herido se dobló bruscamente hacia delante.

Sprague se puso en pie. Aquel hombre ya no diría nada más.

Si sabía algo interesante, se llevaría su secreto a la tumba. No obstante, había dicho algo que Sprague juzgó, podía ayudarle en su labor.

Había oído hablar de Braddon. Era un personaje importante en Colfax Hill.

En cuanto a Bess, desconocía su identidad, salvo que parecía tratarse de una mujer. Y sabía algo, el moribundo lo había dicho bien claramente.

Sprague se dijo que su primera tarea consistiría en, averiguar qué era lo que sabía la tal Bess.

CAPÍTULO II

Sonó el timbre de llamada. Myron Sprague se levantó, cruzó el despacho y abrió la puerta.

Había una mujer delante de él. Era joven y atractiva, de mediana estatura, muy bien formada, pelo castaño y ojos casi negros. Vestía sencillamente un vestido de color ocre claro, con algunos adornos negros, en forma de grecas, usaba zapatos de verano, de medio tacón, y llevaba en la mano un bolso que hacía juego con su vestido.

—¿Abogado Sprague? —preguntó ella.

—Para servirla, señorita...

—Mi nombre es Bess Carby —se presentó ella—. Deseo encomendarle una investigación y estoy dispuesta a pagar por sus servicios la cantidad que estime necesaria.

Sprague disimuló el asombro que le producía la presencia de la joven en su despacho. Cortésmente, se echó a un lado y la invitó a pasar.

—Acomódese —dijo, indicándola un sillón.

Ella se sentó casi en el borde, rígida, erecta. Respiraba lenta y profundamente — «para dominar sus nervios», pensó Sprague en el acto, buen sicólogo — y su henchido seno se alzaba y bajaba a compás de los movimientos de la respiración. Era el único movimiento que se advertía en ella.

Sprague tomó asiento detrás de la mesa. Abrió una caja con cigarrillos y ofreció a su hermosa visitante. Bess Carby denegó con seco gesto.

—Me permitirá que fume yo, entonces —dijo él.

—No faltaría más.

La voz de la muchacha era firme, aunque carecía de inflexiones. Sprague dedujo que se hallaba bajo el influjo de una fuerte tensión nerviosa.

Después de expulsar la primera bocanada de humo, dijo:

—Hable, señorita Carby.

—Usted descubrió ayer un accidente de automóvil —manifestó Bess.

—En efecto. Fue una casualidad. Me gusta la pintura y no tenía nada

que hacer, así que fui a dar una vuelta, en busca de un lugar adecuado. Entonces, cuando iba a montar el caballete, vi el coche caído en el fondo del barranco. Sus dos ocupantes habían muerto...

—Murieron asesinados, abogado Sprague —afirmó Bess con rotundo acento.

El federal simuló asombro.

—¿Qué? ¿Cómo dice, señorita Carby?

—Lo que oye. Gary Parkland y Tom Filler murieron asesinados.

Sprague conocía los nombres de las víctimas. Había podido verlo en su documentación, en la cual, sin embargo, no había encontrado nada más de interés.

—¿Puede decirme en qué basa su afirmación, señorita Carby? —inquirió.

—Gary y yo éramos muy amigos —declaró Bess—. Nuestra amistad databa casi de la infancia. No había llegado a cuajar en algo más... profundo, porque, de mutuo acuerdo, habíamos reconocido que no congeniaríamos como matrimonio. Ello, por paradójico que pueda parecerle, cimentó aún más nuestra amistad.

Sprague se retrepó en el asiento.

—No es extraño —admitió—. Siga, por favor.

Bess se mordió los labios, un tanto irresoluta.

—No está bien que hable así del pobre Gary... pero si va a desarrollar esa investigación, debe conocer todos los detalles —dijo—. Sé que se había metido en malos pasos y que continuó durante una larga temporada, haciendo caso omiso de mis consejos. Al final, me confesó que iba a abandonar.

—¿Qué hacía? —preguntó Sprague.

—No me lo quiso confesar nunca —respondió la muchacha—. Nada bueno, desde luego. Se había juntado con una serie de individuos poco recomendables, toléramelos solamente gracias a la lenidad del jefe de policía.

—Le conozco. Continúe, señorita Carby.

—Si las gentes de Colfax Hill tuviesen un poco más de sentido común, forzarían al jefe Lapham a expulsar a esos indeseables. Pero nadie lo hace, ni siquiera habiendo leído más de un editorial del «Colfax Hill Sentinel».

Sprague arqueó las cejas.

—¿Trabaja usted en el periódico?

—Si se refiere a escribir artículos, o redactar informaciones, no. Soy la secretaria del propietario y director, Jalee Marcellin, y la encargada de la contabilidad, administración, anuncios y, en fin, toda la parte económica del periódico.

—Comprendo. Prosiga —invitó Sprague.

—El señor Marcellin ha tratado de combatir en más de una ocasión la

funesta influencia de ese grupo de hombres que más bien son *gángsters* que otra cosa. Todo ha sido inútil hasta ahora; el jefe Lapham les dispensa su protección... aunque no tan abiertamente que permita acusarle desde las columnas del «Sentinel».

—Un tipo astuto el tal Lapham —convino el joven.

—Desde luego; y es por causa suya, aunque indirectamente, por lo que murió Gary. Si él no hubiese tenido semejante tolerancia, Gary estaría aún con vida.

—¿Por qué le mataron?

—Ya le dije antes que Gary me prometió abandonar ese género de vida. Me advirtió, no obstante, que no resultaría fácil y que podía correr un grave riesgo. Si le ocurría algo, me dijo, había escrito una carta con el detalle completo de todas las operaciones en que había tomado parte, y los nombres de quienes, de una forma u otra, habían intervenido con él.

—¿Sabe usted dónde está esa carta? —preguntó Sprague.

—Gary me dijo que la encontraría detrás del tercer estante de su librería. La he buscado y no está.

—¿Sospecha que pudo llevársela alguien?

—Sí, puesto que él consideraba la carta como una especie de seguro de vida.

—Entiendo —dijo el federal—. No obstante, usted sospechará de alguien como autor o inductor de ese asesinato.

—Sí. El hombre que ordenó la muerte de Gary Parkland se llama Jim Braddon.

Sprague no se inmuto.

—Un hombre importante, en Colfax Hill —comentó.

—Lo es —convino Bess—. Aparentemente, es el propietario de una fábrica de envases de cartón. Esa fábrica no es más que la tapadera de sus ilícitas actividades... las cuales fueron otra de las causas que motivaron la muerte de Gary Parkland.

—¿Tiene usted alguna idea de cuáles puedan ser esas actividades, señorita Carby?

—En absoluto. Gary no quiso ser más explícito. Yo llegué a la conclusión, sin embargo, de que se avergonzaba de confesarme la verdad de lo que hacía.

—De modo que Parkland era de aquí, de Colfax Hill.

—Sí. Los dos nacimos en la ciudad.

—¿Qué hacía él... antes de unirse a la banda de Braddon?

—Era contable de un supermercado. Siempre se quejaba del sueldo escaso e insuficiente y...

Sprague suspiró. Gary Parkland no había sido el primero en sentirse tentado por unos ingresos mayores y más fáciles de conseguir. Lo malo era que luego solían tener un final catastrófico.

—Comprendo —dijo—. Braddon debió de enterarse y tentarle, ¿no?

—Creo que sí. Opino, además, que a Braddon, le convenía tener en su banda a algún ciudadano de irreproachable conducta, nacido en Colfax Hill.

—¿Cuánto tiempo lleva Braddon en la ciudad?

—Año y medio, aproximadamente. La fábrica iba a cerrar y él la compró por cuatro cuartos. Es preciso reconocer —agregó Bess—, que si no ha logrado resultados espectaculares, por lo menos se defiende y no tiene pérdidas.

«Las drogas deben darle a ganar mucho más dinero», pensó Sprague.

—Entonces —dijo en voz alta—, no tiene idea de cuáles puedan ser esas actividades, digamos ilegales de Braddon.

—En absoluto. Por eso quiero que usted investigue y encuentre pruebas de que Gary murió asesinado.

—No va a resultar fácil —advirtió el federal.

—Lo sé. Pero usted es recién llegado a la ciudad y está desprovisto de prejuicios que podrían interferir su labor.

—No deja de ser un punto de vista lógico —concordó Sprague. ¿Quién era Tom Filler?

—Un amigo de Gary. Trabajaba en una gasolinera y lo dejó también. No era de aquí; solo llevaba en la ciudad unos tres años.

—¿De dónde venían los dos cuando el coche sufrió el accidente?

—De Méjico, adonde habían ido a pasar el fin de semana. Estoy segura de que Braddon destacó a algunos de sus rufianes para que les sorprendieran e hicieran creer a todos que el coche se había salido de la carretera. No puede descartarse la posibilidad de un accidente... desde luego, pero todo lo imprudente que Gary fue uniéndose a la banda de Braddon, era de prudente conduciendo su automóvil.

Sprague pensó que la chica tenía razón. Parkland había muerto asesinado y él lo había visto. Pero, ¿de qué le serviría su declaración? ¿Quién podría corroborarla? Además, interesaba el cabecilla de la banda y no solo sus esbirros.

—No le garantizo ningún resultado, aunque haré todo lo que esté en mis manos —advirtió Sprague—. Y debe tener en cuenta que si cree que Parkland murió asesinado, los riesgos de una investigación pueden ser considerables.

—Le pagaré bien —dijo Bess—. Tengo algún dinero— ahorrado...

—Cobraré solo lo estrictamente necesario —la interrumpió Sprague.

—Gracias —murmuró la chica. Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas—. Apreciaba mucho a Gary, créame, y ya iba a dejarlo todo...

—Lo siento muchísimo, señorita Carby. Haré todo lo que esté en mis manos para probar que fue un asesinato.

—No basta con probarlo, sino encontrar también a los asesinos. Y al hombre que ordenó matar a Gary.

—Repito que intentaré hacer todo lo que pueda. Pero Braddon es un hombre poderoso.

—Lo sé —concordó Bess—. Sin embargo, Gary debe ser vengado.

Sprague suspiró.

La cosa no iba a resultar tan fácil como ella creía. De todas formas, había adelantado en unas horas más que en los dos meses que llevaba en Colfax Hill.

Bess se marchó poco después. Sprague encendió un cigarrillo. Ahora comprendía el significado de la última frase de Parkland.

Bess sabe...

La chica sabía de la existencia de un sobre comprometedor para Braddon. Sin embargo, Braddon se había atrevido a asesinar a Parkland y había podido hacerlo por una razón bien sencilla: el sobre estaba ya en su poder.

Era una lástima; el contenido de aquel sobre habría podido resultar una prueba decisiva contra Braddon.

Pero debía actuar como si Parkland no hubiese dejado ningún rastro tras sí. Empezaría... ¿por dónde? se preguntó.

El timbre sonó de nuevo, interrumpiendo sus reflexiones.

Abandonó la mesa y se dirigió hacia la puerta. Abrió, encontrándose con un hombre que ostentaba una estrella sobre el pecho.

—¿Señor Sprague?

—Sí, yo mismo. Usted es el jefe Lapham —sonrió el joven.

—En efecto —Lapham se destocó—. ¿Puedo pasar?

—Claro. Entre, señor Lapham.

El jefe de policía de Colfax Hill cruzó la estancia. Era un hombre pesado, de paso mediano, carilleno, ojos pequeños y mandíbula metida hacia dentro. Vestía un bien cuidado sombrero Stetson, de ala plana, camisa clara, pantalones marrones, con perneras negras y, en torno al vientre, que abultaba ya más de lo conveniente, llevaba un cinturón negro, del que pendía una pesada pistola. Su atuendo habría resultado impecable a no ser por las manchas de humedad que se le veían en las axilas.

—Siéntese —invitó el joven—. ¿Un cigarrillo?

—Bueno —aceptó Lapham.

Los dos hombres fumaron. Lapham dijo:

—Tiene usted bien refrigerada la oficina, señor Sprague.

—Afuera hace calor —sonrió el federal—. ¿En qué puedo servirle, jefe?

Lapham contempló con aire interesado la brasa de su cigarrillo.

—Verá —dijo—, se trata del accidente del cual fue usted ayer testigo presencial.

Sprague desvió la estocada que acababa de serle lanzada por el policía.

—Temo que no se ha expresado bien, jefe Lapham —contestó. Yo no fui testigo del accidente, sino que vi el coche cuando ya había caído al

barranco, hacía rato, al parecer, según lo poco que pude deducir de mis primeras impresiones.

—Ayer estaba yo ausente de mi oficina —manifestó Lapham—. Por dicha razón, Worr, mi ayudante, fue el que recibió su declaración.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. El alguacil Worr me dijo que usted estaba ausente, aunque claro, para lo que yo tenía que manifestar, bien servía él. ¿No le parece, señor Lapham?

El policía asintió.

—Sí, claro, fue una cosa de rutina, hasta cierto punto. Usted vio un automóvil caído en el fondo del barranco...

Pero yo creí que había presenciado el accidente desde un principio.

—En absoluto señor Lapham. Usted sabe que soy aficionado a la pintura... —El policía asintió con una pesada cabezada y Sprague continuó—: Bueno, ayer no tenía nada que hacer en mi despacho, así que pensé en emborronar una tela. Estuve en un par de sitios, pero ninguno me pareció adecuado, hasta que llegué a la colina en donde hay aquel grupo de robles.

—Sí, conozco el lugar.

—En los primeros momentos, no me fijé en el automóvil caído. Luego, cuando apenas había montado el caballete y dado una pincelada, fue cuando divisé el coche caído en el fondo del barranco. Me acerqué a ver, encontré a dos hombres muertos... y el resto lo sabe ya el alguacil Worr.

—Comprendo, señor Sprague —dijo Lapham—. Verá, yo he venido a verle para... Bueno, digamos aunque sea de manera extraoficial, para una ampliación de declaraciones.

Sprague sonrió.

—Es que ya no tengo más que añadir a lo que ya dije, señor Lapham. Cumplí con mi deber de ciudadano avisando a la policía lo antes que pude. ¿O acaso omití algo que me hizo acreedor a su censura?

Por segunda vez, Lapham tendió un lazo al joven.

—Señor Sprague, ¿está seguro de que los dos hombres estaban, muertos cuando usted llegó al lugar del accidente?

—No soy médico —respondió Sprague—. A mí me lo parecieron; ninguno de los dos daba señales de vida, pero no es una conclusión definitiva. No estoy capacitado para dictaminar en un sentido u otro.

—Es que el forense ha dicho que uno de los dos debió de vivir algunos minutos después del accidente. Quizás usted llegó a tiempo de escuchar algo, ya sabe, a veces un moribundo en su semiinconsciencia puede decir algo interesante...

—¿Interesante? ¿Para la policía? —fingió Sprague extrañarse.

—Bueno —sonrió Lapham blandamente—, nos interesa dilucidar en lo posible las causas del accidente, a fin de exponerlas con toda claridad ante el jurado que ha de dictaminar de una manera definitiva.

—Sí, comprendo —respondió el joven—, pero debo insistir que a mí me

parecieron muertos. Eso no quiere decir que no conservasen aún un soplo de vida; sin embargo, yo no observé ni escuché nada que pueda serle interesante, fuera de lo que ya he declarado.

Lapham dejó escapar un suspiro.

—Está bien —volvió a sonreír—. No quiero molestarle más, señor Sprague; usted es abogado y conoce bien los procedimientos policiales.

—Por supuesto, jefe Lapham; y no ha sido una molestia, sino un placer. Me refiero a su visita, claro está.

—Claro —contestó el policía, poniéndose en pie—. Gracias por todo, abogado.

—A su disposición siempre —dijo el joven.

CAPÍTULO III

Sprague se asomó a la ventana, quedando prudentemente oculto tras los visillos.

Lapham salía en aquellos instantes del edificio donde tenía instalado su despacho. Un hombre se le acercó al verle en la puerta de la casa.

Era un sujeto alto, delgado, pero no débil, vestido con ropas claras y sombrero corriente. Sprague creyó ver un abultamiento sospechoso en el lado izquierdo de su chaqueta.

Los dos hombres charlaron brevemente. Luego, Lapham, con su paso de ánade repleto, caminó a lo largo de la acera en dirección a su oficina.

El hombre alto subió a un coche que tenía estacionado a poca distancia, lo puso en marcha y arrancó inmediatamente en dirección Este, hacia la salida de la población.

—Va a informar a Braddon —dedujo Sprague.

Le pareció que el tipo alto era uno de los que habían intervenido en el asesinato de Parkland y Filler. No se atrevió a asegurarlo, sin embargo, ya que el coche que usaba era de color distinto al empleado por los asesinos.

De todas formas, había podido obtener algunas interesantes deducciones. Una de ellas era que Lapham estaba en connivencia con Braddon.

Podía hacerlo perfectamente. Ello no interfería en absoluto sus actividades como jefe de policía de Colfax Hill. A Braddon, por lo que se veía, solo le interesaba el tráfico de drogas y no quería hacer cosas de relieve que pudieran provocar el enojo de los ciudadanos. Pero, aun así, siempre resultaba interesante contar con alguien que poseyera la suficiente autoridad para cubrir un flanco débil.

La segunda deducción era obvia.

Por orden de Braddon, Lapham había intentado averiguar si Parkland había dicho algo importante antes de morir. Lapham había mentido en una cosa sustancial.

No había ningún forense que pudiese asegurar con toda certeza el momento exacto de un fallecimiento. Siempre se concedía un margen de

dos o tres horas... y él había declarado encontrar el automóvil accidentado una hora después de haberse cometido el doble crimen.

Aunque hubiese vuelto a la ciudad inmediatamente, y no lo había hecho por razones harto comprensibles, el forense, de no decirle él el minuto exacto, tampoco habría podido afirmar una hora determinada como la de la muerte de Parkland. Ni siquiera asegurar que no se había matado en el acto.

La consecuencia era lógica: Braddon no había hallado aún el sobre que Parkland escondió en su casa. Braddon o sus esbirros, se dijo el joven, tanto daba. Por eso había sido enviado Lapham, para ver si él había escuchado algo de labios de un moribundo.

Naturalmente, lo había oído, pero no se lo iba a decir a un cómplice de Braddon. Y todo lo que acababa de suceder, confirmaba las manifestaciones de la linda Bess Carby.

Sonrió mientras encendía un cigarrillo. Eso le concedía todavía una opción: aún podría encontrar el sobre.

Podía representar el primer golpe contra la criminal organización; tal vez el origen de su destrucción definitiva.

Consultó el reloj; eran las seis y media.

Aún hacía un calor terrible en el exterior. Hasta que no fuese bien entrada la noche, no se aliviaría la temperatura.

Pero él tenía que pasar por alto las inclemencia del tiempo. Cogió la chaqueta y se la puso.

Abrió un cajo y extrajo un revólver de cañón corto y calibre 38, que colocó en una funda insertada en la misma chaqueta. De este modo, podía permanecer con la prenda abierta de par en par, sin que se advirtiesen unos arneses que podían resultar sospechosos.

Salió a la calle. Por fortuna, su coche se hallaba estacionado en la zona de sombra. Sentóse tras el volante y arrancó.

Minutos más tarde, se hallaba fuera de la ciudad. Colfax Hill no era demasiado grande. Rodó durante varios kilómetros, como si fuese a dar un paseo, después de una jornada de intenso trabajo, y luego se metió por una vereda apenas transitada.

Describió un gran rodeo, hasta quedar en las cercanías de una colina situada al Este de la ciudad. Paró el coche, estiró un poco la mano derecha y presionó un resorte que había bajo el mismo lado del asiento delantero.

Parte del mismo se levantó, dejando al descubierto un cajón en el que había algunos instrumentos que Sprague se había provisto antes de ir a Colfax Hill. Entre otras cosas, había un segundo par de prismáticos; no le convenía ir con bultos extraños por la calle.

Saltó fuera del coche y emprendió la ascensión de la loma, subiendo por la ladera occidental. Esto tenía un objeto: situarse con el sol declinante a sus espaldas.

A pesar de todo, antes de llegar a la cima se agachó y cubrió reptando los últimos metros. Tendido en el suelo, escrutó el panorama a través de los prismáticos.

Su acción tenía un objeto: la casa donde residía Braddon se hallaba al otro lado de la colina, a unos seiscientos metros de distancia y a dos kilómetros de la ciudad. Sonrió al darse cuenta de que el esbirro de Braddon había partido hacia el Este, a fin de disimular, su verdadero destino.

La casa de Braddon era amplia y lujosa, de estilo moderno, aunque sin excesivas estridencias. En la parte posterior, en una amplia explanada, había una piscina. Braddon estaba sentado en una tumbona, con un vaso de refresco al alcance de su mano.

Una mujer conversaba con él. Estaba en pie y parecía irritada.

Era alta, de formas exuberantes y cabello rojo. Braddon la escuchaba con fingida indiferencia.

De repente, la pelirroja dijo algo que provocó la cólera del dueño de la casa. Poniéndose en pie, saltó sobre la mujer y la asestó una tremenda bofetada que la derribó sobre el césped que circundaba la piscina.

Ella quedó apoyada sobre un codo, mirando a Braddon con temor. El *gángster* se inclinó sobre la pelirroja, la agarró por un brazo y la puso en pie sin ninguna ceremonia. Luego la empujó con violencia hacia la salida.

Ella trastabilló y estuvo a punto de caer. Braddon se inclinó, recogió algo y se lo tiró a la pelirroja, alcanzándola en el centro de su escotada espalda. La mujer se inclinó y asió su bolso. Luego caminó con paso rápido hacia la verja que cerraba el acceso a la propiedad.

El sol se ocultó a espaldas de Sprague. Bajó los prismáticos y meditó unos momentos.

Una mujer despechada... Podía resultar un arma excelente para combatir a Braddon. No obstante, antes de emplear el arma, le convenía conocer más detalles de la misma.

Bess Carby se los proporcionaría, pensó. Una vez más, volvió a mirar través de los prismáticos.

Recorrió la casa punto por punto. Tenía que conocer bien el lugar; quizá realizase una incursión algún día y debía hallarse familiarizado con el terreno.

Parte de la fachada que daba al sur estaba cubierta por plantas trepadoras, las cuales incluso, cubrían casi por completo dos de las ventanas. No obstante, con la ayuda de los prismáticos, Sprague pudo distinguir algo que le dejó sumamente perplejo.

¿Eran unas rejas de acero lo que estaba viendo?

Las ventanas tenían un trazado regular. Nada las diferenciaba de las restantes, salvo los barrotes de acero. ¿Acaso tenía Braddon allí una cárcel particular?

Retrocedió arrastrándose. Ahora no había el sol que deslumbrase a un posible observador que mirase hacia la colina y su silueta podía ser divisada desde la casa. No parecía posible, ya que Braddon había vuelto a su pacífica posición de unos momentos antes. Pero las precauciones nunca estorbaban.

Regresó a la ciudad cuando ya era de noche. Se dirigió al restaurante donde acostumbraba a hacer sus comidas y cenó con gran apetito.

Al terminar, buscó una cabina telefónica y llamó al periódico.

Por fortuna, el teléfono era automático en Colfax Hill. De este modo, no eran de temer posibles indiscreciones en una telefonista demasiado curiosa.

Le contestó una voz de hombre. Sprague manifestó sus deseos de hablar con Bess Carby.

—Un momento, por favor —le contestaron.

Instantes después, oía la voz de la muchacha.

—¿Quién es?

—Sprague, señorita Carby.

—¡Ah! —contestó ella—. ¿Ocurre algo?

—En cierto modo. Necesito hablar con usted, pero de una manera menos incómoda y más extensa que por teléfono. ¿Dónde le parece que podríamos hacerlo con discreción?

Bess meditó un momento.

—Escuche —dijo—, vaya a la estación de servicio que hay en las afueras de la ciudad, hacia el Norte, a medio kilómetro. A estas horas hay muy poca gente, salvo los empleados. Espéreme en la cafetería.

—De acuerdo.

Sprague colgó el teléfono. Regresó a su mesa y, para no desentonar de lo que hacía otras noches, tomó una taza de café. Al cabo de unos minutos, abonó la cuenta y salió del restaurante.

Momentos después, estaba en camino hacia el lugar de la cita, al que llegó poco después. Paró el coche en la explanada destinada a estacionamiento y se dirigió a la cafetería.

Bess ya estaba allí. La joven se hallaba sentada en un rincón, fuera de la vista de la mayoría de la gente que pudiera acudir a aquel lugar. Sprague se le acercó y se sentó frente a ella.

Una robusta camarera acudió. Sprague le encargó una taza de café.

Esperaron unos momentos. Cuando la camarera se hubo ido, Bess le miró ansiosamente.

—¿Algo nuevo, señor Sprague? —preguntó.

—Sí. Quiero que me dé informes acerca de una persona.

—Si la conozco...

—Es alta, de formas abundantes, de unos veinticinco a treinta años, muy vistosa y con el pelo rojo. ¿Quién es?

—¿Dónde la ha conocido usted? —interrogó Bess.

—No la he conocido, la he visto. En el parque de la mansión de Braddon.

Bess movió la cabeza afirmativamente.

—Se llama Utta Kingsbee —respondió — y, en efecto, está rondando los treinta años. Es, o era, la... la amiga de Braddon.

Bess se sonrojó al pronunciar las últimas palabras, cuyo significado captó el joven al instante.

—Entiendo —dijo—. Pero ahora ya no parece que exista amistad entre ellos.

—¿Por qué lo dice, señor Sprague?

—En todo caso —sonrió él—, es una amistad muy *sui generis*. Braddon le pegó y luego la expulsó de su casa a puntapiés.

Bess frunció el ceño.

—Braddon es un solterón empedernido —dijo—. Lo cual no significa que no le gusten las mujeres. Pero se cansa pronto de ellas.

—Ya Utta Kingsbee no le ha gustado ese «cansancio».

—Según lo cuenta usted, así es. Pero yo ignoraba que hubiese roto con Braddon.

—No creo que vuelva a él, después de lo que he visto esta tarde, a menos que sea insensible a... las indirectas. Pero durante algunos días se sentirá despechada y a nosotros puede convenirnos explotar ese estado de ánimo.

—No es mala idea —convino Bess pensativamente—. Conozco poco a Utta Kingsbee, pero sé que es rencorosa, aunque el dinero, a veces borra las diferencias.

—A mí me dio la impresión de que Braddon le daba el boleto definitivo —sonrió él.

—Quizá. De todas formas, le convendría hablar con ella.

—Eso es lo que pienso hacer, pero no conozco su domicilio.

—Yo tampoco. De todas formas, esta misma noche lo averiguaré. Mañana le llamaré a su despacho.

—De acuerdo. ¡Ah! ¿sabe que Braddon no ha encontrado el sobre que dejó Gary Parkland?

Los ojos de la muchacha se dilataron de asombro.

—¡Pero yo misma estuve en su casa y no lo encontré en el lugar que me indicó! —exclamó.

—¿Está segura de que dijo la tercera estantería de su librería?

—Segurísima —confirmó ella de modo rotundo.

Sprague se pellizcó los labios, perplejo.

—Pudiera ocurrir que Gary cambiase el sobre de lugar —aventuró.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, aunque opino que me lo habría dicho en tal caso. Un simple telefonazo habría bastado para ello,

señor Sprague.

—Sí, claro...

—¿Cómo sabe usted que Braddon no ha encontrado el sobre?

Sprague sonrió.

—Me lo dijo el jefe Lapham —contestó.

—¡Eh! —respingó la muchacha.

—Bueno, no me lo dijo claramente, pero por la serie de preguntas que me formuló, se notaba que estaba buscando alguna pista del sobre. Por orden de Braddon, naturalmente.

—¿Ha hablado con Lapham?

—Sí, esta misma tarde. Estuvo a verme en mi despacho... para ampliar algunos detalles de mi declaración, según dijo, a efectos de la investigación que se está llevando a cabo sobre el supuesto accidente.

Sprague relató a la muchacha, a grandes rasgos, los principales del diálogo sostenido con el jefe de policía. Al terminar, ella asintió:

—No cabe la menor duda; le envió Braddon... y está buscando el sobre desesperadamente, porque sabe que si cae en manos de alguien con sentido de la justicia, puede ser su ruina.

—Pero, en tal caso, ¿cómo se aventuró a matar a Gary? —preguntó él.

Bess se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

Sprague recordó entonces la escena del asesinato. Parkland llevaba una cartera de mano, que había pasado a poder de uno de sus asesinos.

Comunicó sus sospechas a Bess. Ella dijo:

—Tal vez creyeron que Gary llevaría el sobre encima, pero no ha sido así y Braddon lo busca frenéticamente. Por eso tenía Lapham tanto interés en saber si el pobre Gary había dicho algo antes de morir.

Sprague dudó un momento, pero acabó por continuar de la misma forma que hasta entonces: ni siquiera Bess debía saber que había presenciado el asesinato de los dos hombres.

—Yo no oí nada —contestó—. Creo que Gary estaba muerto cuando llegué al lugar del accidente y así se lo dije a Lapham.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Pobre Gary... Si me hubiese hecho caso... —se lamentó.

—Ahora ya es tarde —dijo él—. De todas formas, si encontramos el sobre, habremos ganado una baza muy importante en el juego.

—¿Cómo encontrarlo, si no está en el sitio que él me indicó?

—Buscándolo —sonrió Sprague—. Es la única forma de hallar las cosas. Ella comprendió el sentido de sus palabras.

—¿Va a ir a casa de Gary? —preguntó.

—Esta misma noche —respondió el federal.

CAPÍTULO IV

Myron Sprague conocía algunos detalles de la vida de Gary Parkland.

Hacía algunos años que había muerto su madre. El padre murió cuando Gary contaba solamente quince y se vio obligado a abandonar sus estudios para colaborar al sostenimiento de la casa.

Había sido hijo único. Los pocos bienes que el padre de Gary había dejado consistían en una casita con jardín, construida en épocas de relativa baratura de terreno y construcciones. Gary no había querido dejarla al quedarse solo, aunque solo habitaba algunas de las piezas del edificio.

Una mujer cuidaba del mismo. Gary se limitaba a desayunar y, accidentalmente, a tomar algunos bocadillos por la noche; lo normal era que hiciese sus comidas en el mismo restaurante del supermercado en donde había estado empleado antes de engrosar la banda de Braddon.

Sprague estudió la casa en la relativa oscuridad de la noche, situado al pie de un árbol, que le resguardaba de la luz de un farol cercano. El jardín estaba rodeado por una valla, descuidada en los últimos tiempos. La casa era de madera, antigua, con un pórtico sostenido por columnas también de madera, torneadas y pintadas de blanco.

Era ya una hora muy avanzada. La gente dormía en Colfax Hill.

Sprague miró en torno suyo. No se veía a nadie en las inmediaciones.

Cruzó la acera, salvó la valla y atravesó el jardín, procurando buscar las zonas de sombra. Luego rodeó el edificio, dirigiéndose hacia la parte posterior, en donde no había luz de ninguna clase.

Había una puerta trasera, la de la cocina, pero estaba cerrada con llave. A pesar de que Sprague estaba provisto de ganzúas, decidió probar su suerte.

Se acercó a la ventana más próxima y probó el bastidor. Afortunadamente no estaba echado el pestillo por el lado de dentro.

Atravesó la ventana fácilmente. Provisto de una pequeña linterna, se alumbró el camino hasta salir al rellano, donde divisó el arranque de una escalera que conducía al piso superior.

Arriba estaban solamente los dormitorios y un cuarto de baño; Bess le había hecho un croquis sucinto de los dos planos de la casa. También sabía que Gary había usado solamente una de las piezas superiores desde que murió su madre.

Por lo tanto, debía explorar la planta baja. Atravesó el rellano y salió al vestíbulo.

A la derecha tenía la puerta que daba al salón comedor. En el lado opuesto había otra que accedía a una sala de estar. Allí era donde estaba la librería.

Entró en la salita y cerró cuidadosamente. De cuando en cuando, crujían algunas tablas del suelo. Sprague meneó la cabeza; sin nadie que cuidase del edificio, pronto acabaría en la ruina.

Paseó el haz de rayos de la linterna por el ámbito de la sala, hasta enfocar una librería con varios estantes. Era bastante alta y no muy ancha. Se quedó perplejo.

Había siete estantes, el más elevado de los cuales se hallaba sobre su cabeza. Gary había mencionado el tercer estante, pero ¿desde donde debía empezar a contar?

—No tendré más remedio que mirar los dos terceros —se dijo.

En uno de ellos, contando desde abajo, no encontró nada. Previendo determinada posibilidad, abrió los libros pacientemente, uno por uno. En ninguno de ellos encontró nada de importancia.

El tercero, contando desde arriba, quedaba a la altura de su pecho. Tampoco había nada al otro lado de los libros.

Resignándose, empezó a abrirllos uno por uno. De pronto, creyó oír el crujido de una tabla al otro lado de la sala.

Alargó la mano y asió la linterna, que había dejado apoyada en una consola próxima, de modo que sus rayos iluminasen el lugar de la acción; la apagó y se retiró silenciosamente a un lado, buscando la protección de un sillón de cuero de alto respaldo.

Quedó allí agachado, respirando suavemente. El silencio era tan intenso que incluso el rumor de su respiración podía ser percibido por el intruso.

El intruso se acercó a las ventanas y corrió las cortinas. Luego encendió una cerilla y regresó junto a la puerta, para encender la luz. Así lo hizo, tras de lo cual, emitió un audible suspiro de satisfacción.

Hasta el momento, el intruso no se había percatado de la presencia del joven en la sala. Sprague continuaba tras el sillón y confió en que el esbirro de Braddon siguiera sin verle. Para asombro suyo, resultó ser el mismo, a quién había visto hablar con el jefe de policía.

El sujeto se acercó a la estantería y empezó a revisar los libros uno por uno. Sprague se sintió incómodo a los pocos momentos, debido a la forzada postura en que se hallaba.

Pasaron algunos minutos. El secuaz de Braddon continuaba su labor

metódicamente, tan abstraído en ella, que Sprague empezó a considerar la conveniencia de abandonar la estancia.

Miró hacia la puerta. Había media docena de pasos. Con un poco de suerte, podría salir sin que el otro se enterase siquiera.

Contuvo la respiración y se puso en pie. Dio un paso y su pie se apoyó sobre una tabla mal encajada. La madera crujió.

El rufián se volvió instantáneamente. De haberse hallado en otras circunstancias, Sprague se habría echado a reír al ver la cara de asombro que puso el tipo al encontrarse ante él.

Durante unos instantes, el joven vaciló acerca de lo que debía hacer. Pensó en sacar el revólver, pero desechó la idea apenas concebida. No podría disparar; lo que menos le convenía era hacer ruido y si empuñaba el arma, tendría que usarla.

Entre tanto, el otro, aprovechándose de su momentánea indecisión, sacó una navaja de resorte, la abrió con seco gesto y se arrojó contra el joven. Sprague adivinó que tampoco le convenía hacer ruido.

Saltó detrás del sillón, colocándolo como parapeto. El *gángster* alargó el brazo, tratando de alcanzarle por lo menos en la cara.

Sprague echó el torso hacia atrás. La hoja le pasó a pocos centímetros de la nariz.

El hombre de Braddon juró al ver que fallaba el golpe. Trató de enderezarse, pero entonces, Sprague, empleando todas sus fuerzas, asió el respaldo con ambas manos y empujó el sillón hacia adelante.

Literalmente al atropelló a su adversario. Le alcanzó en las piernas, le hizo trastabillar y, por último, le arrojó al suelo, después de haberle hecho dar una vuelta sobre sí mismo, en su desesperado intento por mantener el equilibrio.

El rufián cayó de bruces. Sprague se dispuso a rechazar un nuevo ataque.

Con gran sorpresa suya, vio que el hombre permanecía inmóvil. Únicamente sus hombros se estremecían un tanto, aunque con movimientos que decrecían gradualmente.

Sprague temió que se tratase de un ardid destinado a sorprenderle. Dejó pasar unos momentos y advirtió que el *gángster* había dejado de moverse en absoluto.

Ni siquiera respiraba ya. Sprague intuyó la verdad.

Inclinándose sobre él, aunque sin relajar la guardia, le dio la vuelta. Contuvo un estremecimiento de horror.

El hombre de Braddon se había clavado su propia navaja en el pecho al caer de bruces. La muerte había sido poco menos que fulminante, y tan de sorpresa le cogió, que no le había permitido gritar.

Se incorporó lentamente. Estaba en un compromiso.

Claro que podía salvarse... pero, entonces, todo cuanto había hecho y

conseguido hasta el momento, podría considerarse como perdido. Su identidad tendría que quedar al descubierto y...

Procuró borrar las huellas que había dejado. Apagó la luz y regresó a la cocina por el mismo camino, sin olvidarse de pasar el pañuelo por todos los lugares en que había tocado con las manos.

Momentos después, se asomaba a la esquina de la casa. Había un coche parado en las inmediaciones, aunque sin ningún ocupante en su interior.

Sprague dedujo que el sujeto debía de haber venido solo. Tranquilo en apariencia, aunque sintiendo en su interior una cierta frustración por el fracaso de la empresa, regresó a su alojamiento.

Se preguntó qué ocurriría al día siguiente, cuando se descubriese el cadáver del pandillero. ¿Cómo y quién lo descubriría?

* * *

Por la mañana, no advirtió ninguna señal de que la muerte del pistolero hubiese sido conocida. La ciudad estaba tranquila y todo tenía su apariencia normal.

Esperó hasta las diez. Luego salió a la calle.

Caminó sin prisas. Diez minutos después, llamaba a la puerta de una casa.

Tardaron algunos minutos en abrirle. Sprague dedujo que había pillado a su ocupante en pleno sueño.

Al fin se abrió la puerta. Envuelta en una bata de flotantes velos, apareció ante sus ojos la mujer a quién Braddon había abofeteado la víspera.

La señal del golpe se advertía aún en su mejilla. Utta Kingsbee era una mujer de carnes abundantes, propensa a la gordura de un modo inequívoco. Tal vez por ello se había cansado ya Braddon de la mujer.

Vestida, sin embargo, debía tener mucho mejor apariencia. Ahora, el pelo le caía descuidadamente por encima de los hombros rollizos y se notaba claramente que no se había molestado en quitarse el maquillaje usado el día anterior.

—¿Qué quiere usted? —preguntó ella desabridamente—. ¿Por qué viene a molestarme a estas horas?

El federal se quitó el sombrero con toda cortesía.

—Me llamo Sprague, Myron Sprague —se presentó—. Soy abogado y desearía conversar unos momentos con usted, señorita Kingsbee.

—Así que me conoce —dijo ella recelosamente.

—De vista... y le aseguro que es una vista impresionante— sonrió el joven.

Utta no hizo el menor esfuerzo por cerrar la bata que se le había

entreabierto.

—Pase —concedió desganadamente—, aunque le advierto de inmediato que no tengo nada que hablar con ningún abogado.

—Conmigo sí —respondió él.

—¿De veras? —Utta se inclinó para coger un cigarrillo de una caja que había en una mesita cercana—. Le advierto que no tengo tíos millonarios que puedan dejarme nada en herencia, así que...

Sprague acercó la llama de su encendedor al cigarrillo. Evitó mirar el escote de la bata.

—No se trata de un tío millonario, aunque sí de un hombre rico. Jim Braddon —dijo de pronto.

Utta entrecerró los ojos.

—¿Qué tiene usted que ver con ese farsante? —preguntó.

—¿Puedo sentarme? —sin esperar su aquiescencia, Sprague lo hizo en el diván más próximo—. Tengo entendido que Braddon es un hombre rico; lo mismo reparte billetes que... bofetadas.

—¿Quién le ha dicho que me pegó? —gritó la mujer.

—Un pajarito. Braddon le pegó, la tiró por tierra, la echó poco menos que a puntapiés y, para remate, le arrojó su bolso. ¿Le hizo daño cuando le alcanzó en la espalda?

Utta aplastó contra un cenicero el cigarrillo recién encendido.

—Sabe muchas cosas, abogado —dijo.

—Es nuestra profesión —sonrió Sprague plácidamente—. ¿Por qué le pegó Braddon?

—Dígame primero qué es lo que busca —replicó Uta agudamente—. Tal vez de este modo, me decida a contestar sus preguntas.

—Nada más justo —contestó el joven. Y decidiendo que debía correr algún riesgo, agregó—: Me han encargado investigar un accidente de automóvil que ocurrió hace dos días.

Utta palideció de un modo tal, que Sprague llegó a creer que se iba a poner enferma.

—¿Se siente mal? —preguntó.

Ella se sentó, negando con la cabeza.

—No —contestó—. ¿Quién le ha encomendado la investigación?

—Perdone, pero eso es algo a lo que ya no puedo responder. Un abogado no debe manifestar nunca el nombre de su cliente, al menos, en casos como el presente.

—De todas formas, me lo figuro —manifestó Uta sorprendentemente—. Sí, tiene que ser ella, a la fuerza. Sé que eran íntimos amigos... pero jamás tuve celos de Bess Carby.

Sprague arqueó las cejas.

—Ahora, el sorprendido soy yo —manifestó—. ¿Cómo sabe usted tanto de la señorita Carby?

Utta sonrió con triste expresión. Luego dijo algo todavía más sorprendente.

—Señor Sprague, es conveniente que sepa que Gar Parkland y yo, íbamos a casarnos.

CAPITULO V

Durante unos segundos, reinó el más absoluto silencio en la estancia. Utta lo rompió, diciendo:

—Le extraña, ¿verdad?

—Un poco, debo confesarlo —admitió el joven—. Yo tenía... otros informes acerca de usted, todo hay que decirlo.

Ella se puso en pie.

—¿Le dijo Bess, que yo había sido la amante de Braddon?

—Sí.

—Es cierto. Lo fui durante algún tiempo. Luego rompimos... yo corté por lo sano, no él. De todas formas, no lo lamento— excesivamente.

—Bess no lo sabe —dijo Sprague.

—Bueno, Braddon y yo somos muy reservados, para según qué cosas.

—Yo creí que la había pegado porque usted quería volver a su lado y él la rechazaba.

—Cualquiera hubiese pensado lo mismo, conociendo nuestros respectivos antecedentes. No se lo reprocho, señor Sprague.

El joven encendió dos cigarrillos y pasó uno a Utta.

—Entonces, ¿cuáles fueron las causas de la discusión? —preguntó.

—Le acusé de haber asesinado a Gary. Dije que no creía en el accidente y que haría todos los posibles por desenmascararle.

—Siga, por favor —pidió Sprague.

El opulento pecho de Utta se agitaba tempestuosamente.

—Me escuchó como quien oye llover. Se rió de mí; dijo que no existían pruebas y que Gary se había matado porque era un mal conductor. Yo le contesté que había pocos más prudentes que él. Siguió sin hacerme caso. Entonces...

Utta miró al joven.

—No le repetiré lo que le dije —añadió con voz tirante—. A pesar de todo, él no tiene la culpa de lo que ocurre.

—No entiendo, señorita Kingsbee —dijo Sprague, perplejo.

—Es algo que no tiene relación con la muerte de Gary. Confieso que, en

aquel momento, yo perdí los estribos y le amenacé con divulgar su secreto, pero... ¿por qué habría de hacerlo? No serviría en absoluto para demostrar que ordenó asesinar a Gary.

—¿Está segura de ello?

—Absolutamente —contestó Utta con rotundo énfasis.

—Y eso que le dijo, ¿le puso tan furioso? Casi parecía que iba a matarla.

Utta le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Cómo sabe usted tantos detalles? —preguntó—. Sí, en aquel momento, tuve verdadero miedo. Braddon parecía haberse vuelto loco y... ¿quién se lo dijo, señor Sprague? —insistió.

—Nadie. Estaba mirando con unos prismáticos. Vi toda la escena con la mayor claridad.

—¡Vaya! Sí que empezó pronto las investigaciones. Esa chica no ha perdido el tiempo.

—Lo mismo que usted. Las dos saben que Gary Parkland no murió de un accidente.

—Desde luego Braddon ordenó darle muerte.

—¿Por qué?

Utta se encogió de hombros.

—Cosas. Quizá no le gustaba la idea de que Gary le dejase plantado.

—Si mal no recuerdo, Gary era relativamente joven... Usted también lo es, pero...

Utta hizo una mueca con los labios.

—Voy a cumplir treinta años. Él tenía veintisiete. ¿Tanta diferencia hay entre ambas edades?

—No, cuando se quiere sinceramente. ¿Pensaban irse de Colfax Hill?

—Sí, en cuanto él regresara de Méjico. Pero se quedó en el camino.

—Y no tiene pruebas de que Braddon ordenase asesinarle.

—Si las tuviese... —rió ella amargamente.

—¿A quién se las iba a entregar? —preguntó Sprague con toda intención.

—Bueno, a los federales. Angley Lapham no es de fiar. Está inscrito en la nómina de Braddon.

—¿Está segura de ello?

Utta sonrió de un modo singular.

—Yo misma he visto a Braddon entregar a ese saco de grasa un puñado de billetes —contestó—. ¿Quiere más detalles?

—No; es suficiente. Señorita Kingsbee...

El llamador sonó de pronto, interrumpiendo al federal. Utta miró hacia la puerta con ojos aprensivos.

Sprague le hizo un gesto. Utta se resolvió al fin y cruzó la estancia.

La maciza figura del jefe de policía de Colfax Hill se dibujó bajo el

dintel.

—¿Qué tal, Utta? —saludó con voz neutra—. Me dijeron que el abogado Sprague estaba aquí.

El joven se puso tenso. En aquel instante, adquirió la convicción de que sus pasos estaban siendo vigilados.

—Sí, está aquí —contestó la joven—. Pase, jefe Lapham.

El policía cruzó el umbral con el sombrero puesto. Un palillo de dientes sobresalía de entre sus labios.

—Hola, abogado —saludó.

—¿Qué tal, jefe? —contestó Sprague.

—Necesito hablar con usted —indicó Lapham.

—Yo me voy al cuarto de baño —terció Utta—. Les dejo solos; así se sentirán más a gusto.

Lapham se dejó caer peladamente sobre el diván. Lanzó un suspiro de alivio y, sin la menor ceremonia, se descalzó las botas de elástico que usaba.

—Hace un calor de infierno —gruñó—. De todas formas, hay quien no lo nota.

—No entiendo —mintió Sprague, que comprendió la alusión en el acto.

—Anoche murió un hombre. Asesinado—. Lapham hablaba sin mirarle —. Le clavaron un cuchillo en el pecho.

—Terrible, jefe —comentó el jefe.

—El muerto se llamaba Audie Jones. ¿Le conocía usted?

—Llevo poco tiempo en la ciudad, como sabe, jefe.

—Sí. ¿Sabe que le estoy considerando como sospechoso?

Sprague ocultó su indignación tras una cortés sonrisa.

—Tiene usted una imaginación exuberante, jefe —dijo.

—Los policías somos así: con imaginación. Si no, estaríamos perdidos.

—Claro, claro. Lo malo es que, en este caso, su imaginación le falla.

—¿Ha muerto Audie? —exclamó Utta de pronto.

Los dos hombres se volvieron a la vez. Utta, con los ojos muy abiertos, se hallaba a la puerta que comunicaba con el resto de la casa.

—Estabas escuchando —dijo Lapham con un gruñido de rabia.

—Me extrañó que viniese a ver al señor Sprague a mi casa — respondió ella con desenvoltura—. ¿Quién le dijo que estaba aquí?

—Tengo medios para saberlo, ¿no crees?

—Eso es que le ha estado espiando, maldito fisgón —exclamó la joven irritadamente.

Lapham la apuntó con un dedo, mientras Sprague maldecía en su interior de la oficiosidad de Utta.

—Escucha esto —dijo Lapham con voz colérica—; no te metas en donde no te llaman y todo irá bien para ti ¿Has comprendido?

—¿Es eso lo que le ha encargado Braddon que me diga?

El rostro del policía se puso purpúreo. Sprague temió el estallido y le puso una mano sobre el brazo.

—Dejemos este tema a un lado y sigamos con la muerte de Jones. ¿Por qué me considera como un sospechoso, señor Lapham?

—No se lo diré, a menos que confirme o deseche tales sospechas —respondió Lapham ambiguamente. Sacó un objeto del bolsillo, envuelto en un pañuelo y, desliando éste, lo puso sobre la mesa—. Es el arma del crimen. Véala usted mismo, señor Sprague.

El joven no cayó en la trampa que se le tendía. De haber cogido la navaja, sus huellas dactilares habrían quedado impresas en el mango y él no la había tocado la víspera.

—La estoy viendo —contestó, sin moverse—. Una navaja de resorte, bastante corriente, parece.

—Sí —admitió Lapham despechadamente al ver que su truco le había fallado—. ¿Dónde ha pasado usted la noche?

—Conmigo —dijo Utta con viveza—. Toda la noche.

Lapham respingó. Incluso el ponderado Sprague hubo de hacer un gran esfuerzo para contener su sorpresa.

—¡Utta! —gruñó el policía.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué quiere? Me gustó, le gusté y... ¿Necesitaba algo más, jefe?

Lapham se volvió hacia el joven.

—¿Sprague?

El federal emitió una sonrisa de circunstancias.

—No me gustaría que padeciese la reputación de la señorita Kingsbee —contestó.

—Esa... ¡qué va a tener reputación! —barbotó Lapham irritadamente.

Utta cruzó la estancia y le asestó un tremendo bofetón, que le arrojó contra el respaldo del diván.

—¡A ver si aprende a mantener quieta la lengua, esbirro! —gritó.

Recobrándose, Lapham fue a ponerse en pie, pero Sprague tiró de uno de sus brazos y le hizo sentarse de nuevo.

—Cálmese, jefe. Utta está un poco irritada, eso es todo. No he cometido ningún crimen —agregó — y debe proseguir sus investigaciones por otro lado.

Malhumoradamente, Lapham recogió la navaja, que volvió a su bolsillo en el acto.

—Usted tiene una oficina —dijo—. ¿Qué hace que ya no está trabajando?

—Se le olvidó su encendedor y vino a recogerlo —declaró Utta, que tenía respuesta para todo—. Ya se iba, jefe.

Lapham se puso en pie. Sprague le hizo una pregunta:

—¿Dónde murió el tal Jones?

—Puesto que usted no ha sido, ¿qué diablos le importa? —gruñó el policía. Y sin añadir una sola palabra más, se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió con paso mucho más rápido que a la llegada.

Utta soltó una estridente carcajada.

—Ahora va corriendo a informar a su jefe —dijo.

Sprague se puso en pie.

—¿Por qué se ha comprometido por mí? —preguntó.

—Usted lucha contra Braddon —respondió Utta significativamente—.

No podía consentir que le achacaran un asesinato del cual, estoy segura, es completamente inocente.

—¿Cómo sabe que soy inocente?

—Aunque hubiese matado a Jones, yo seguiría siendo su coartada —contestó la joven—. ¿Le mató? —preguntó con repentina ansiedad.

—No. Se mató él mismo al caer y clavarse su propia navaja.

* * *

Aquella misma noche, Myron Sprague fue a la gasolinera donde había estado la víspera hablando con Bess Carby. Hizo que repostasen su auto y procuró que ella le viese desde la cafetería.

Luego montó en el coche y reanudó el camino. A poco, vio el resplandor de unos faros que se reflejaban en el retrovisor de su automóvil.

Rodó durante unos cinco kilómetros, hasta detenerse en una revuelta del camino. Sacó el coche fuera, metiéndolo bajo un grupo de árboles, y esperó.

Bess llegó segundos después y dejó su automóvil junto al del joven.

—Me ha hecho ir demasiado lejos de la ciudad —se quejó.

—Anoche nos vio la camarera de la cafetería —respondió él.

—Anne Howard es una buena chica...

—Prefiero que no nos siga viendo juntos. No niego que sea una buena chica, pero una indiscreción la comete cualquiera. Mejor estamos aquí.

—Muy bien —convino Bess—. ¿Qué sucede?

—Se habrá enterado de la muerte de Audie Jones, supongo.

—Sí. El señor Marcellin está haciendo la información. Mañana la publicará en el *Sentinel*. Usted sabe que el periódico sale solamente dos veces por semana.

Sprague asintió.

—Lapham vino a buscarme como sospechoso —dijo. En cierto modo, tiene razón. No maté a Jones, aunque, si hilásemos demasiado delgado, se podría decir que fui la causa de su muerte.

Bess se espantó.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Estaba en casa de Gary Parkland, tratando de hallar el sobre que dejó tras la librería, cuando llegó ese Jones. Me escondí, aunque acabó por verme. Se arrojó sobre mí, con la navaja en la mano, pero conseguí derribarle al suelo. Al caer, él mismo se clavó la navaja. Eso es todo.

Bess se estremeció.

—Debió de ser horrible —comentó.

—No fue agradable —admitió él—. Pero después de lo ocurrido, estoy llegando a una conclusión.

—¿Cuál?

—Braddon necesita alguien a quién cargar las culpas. Si Lapham me acusa de asesinato, cosa que ya es imposible, habrían encontrado también el medio de achacarme las otras dos muertes.

—Pero... no lo entiendo... —dijo Bess, desconcertada.

—¿Por qué me considera Lapham como sospechoso? Simplemente, por haber informado del accidente... y porque sabe que usted me ha encomendado la investigación del mismo.

—¿Cómo sabe que le he encomendado esa investigación? —preguntó Bess, atónita.

—Muy sencillo: vigilándome.

CAPITULO VI

Bess se mordió los labios.

—De modo que le vigilan —dijo, segundos después.

—Sí. ¿Cómo se explica, si no, que hubiese sabido que estaba a las diez y media en casa de Utta Kingsbee?

—¿Fue Lapham a verle allí?

—Efectivamente. Y en casa de Utta fue donde me espetó que me consideraba sospechoso de la muerte de Jones—. Sprague sonrió amargamente—. No sabe qué cerca estaba de la verdad.

—¿Cómo dispó usted tales sospechas?

—Utta le dijo que habíamos pasado la noche juntos.

—¡Oh! —se sofocó Bess—. ¡Qué fresca!

—Pero me salvó de un grave aprieto.

—Eso es cierto —admitió la muchacha—. Sin embargo, no comprendo por qué lo hizo Utta. No tiene nada a su favor...

—Tiene el hecho de que estoy contra Braddon... y que Braddon asesinó a Gary. ¿Sabía que Utta y Gary se iban a casar?

Bess se quedó estupefacta.

—¡Oh, no! en absoluto. Él no me había dicho nada —contestó.

—Pues eso es lo que me dijo Utta. Y parecía hablar en serio.

—Pero Gary era más joven que ella...

—Según pude apreciar, la diferencia de edades les tenía sin cuidado. Ahora Utta, naturalmente, aparte de los malos tratos recibidos de Braddon, tiene en contra de éste la muerte de Gary, y por eso me proporcionó la coartada.

—Voy comprendiendo, señor Sprague —dijo Bess— ¿Qué es lo que va a hacer ahora?

El joven reflexionó unos instantes.

—Tal vez me decida a hacer una incursión en casa de Braddon —contestó al cabo.

—¿Para buscar pruebas?

—¿Qué otra cosa podría buscar allí? —De repente, se acordó de una

cosa—. Señorita Carby...

—Dígame, señor Sprague —contestó ella.

—Uttá me habló de un secreto de Braddon, que parece que quiere sea guardado celosamente. No obstante se negó a decirme de qué se trataba, alegando que, aunque se hiciese público, no supondría ninguna ventaja para el curso de las investigaciones. Yo opino todo lo contrario: conocer los menores detalles de la vida de Braddon puede resultar esencial para derrotarle.

—Así opino yo también, aunque no se me alcanza qué secreto pueda ser ese —contestó la muchacha.

—¿Conoce usted la casa de Braddon?

—He estado allí un par de veces —confesó Bess.

—¿Sabe que tiene dos ventanas con rejas como las de una cárcel?

Ella se asombró.

—Es la primera vez que oigo una cosa semejante —exclamó—. ¿Acaso tiene alguien encerrado?

—No lo sé —respondió Sprague—, pero creo que va a ser cosa de intentar averiguarlo.

* * *

En efecto, era preciso realizar una incursión en casa de Braddon, pero Sprague decidió posponerlo hasta la noche siguiente.

Había descansado mal la noche en que murió Jones; apenas si había dormido unas cuantas horas, por lo que andaba corto de sueño. Tras separarse de Bess, fue a su alojamiento y durmió hasta la hora de acudir a su oficina.

El *Colfax HUI Sentinel* había salido ya. De camino a su despacho, Sprague adquirió un ejemplar y leyó la información redactada por el propio director del periódico, Jake Marcellin.

El informador, relataba puntualmente todo lo que había averiguado de labios del jefe de policía, al cual, sin embargo, acusaba de no facilitar la labor de la prensa. Incluía también una declaración del forense y luego formulaba una serie de preguntas embarazosas.

¿Qué hacía Audie Jones a deshoras en la casa de un hombre muerto en accidente?

¿Qué buscaba allí? ¿Actuaba por orden de alguien a quien no interesaba la publicidad y prefería mantenerse en la sombra?

Audie Jones no había desempeñado ningún oficio visible en la ciudad. Nadie le había visto trabajar jamás... pero, si era un ladrón, ¿qué esperaba encontrar en una casa donde la riqueza brillaba por su ausencia?

Sprague sonrió al dejar el periódico sobre su mesa. Se imaginó la cólera

de Braddon al leer el reportaje. No se le mencionaba en absoluto, pero habría pocos en la ciudad que no supieran leer su nombre entre líneas.

Marcellin terminaba su información con una requisitoria dirigida al jefe de policía, conminándole a cumplir su deber con rectitud y justicia, sin dejarse presionar por influencias ajenas. La alusión estaba bien clara.

Terminada la lectura, Sprague se asomó cautelosamente a la ventana. Oculto tras los visillos, miró hacia la calle.

Había un coche parado en la acera opuesta. Un sujeto, sentado tras el volante, se entretenía con la lectura de una revista gráfica.

Sprague creyó reconocer a uno de los tres que habían cometido el asesinato en la carretera. De lo que no cabía la menor duda, era de que se trataba de uno de los esbirros de Braddon.

Sospechaban de él. Estaba seguro de que Braddon poseía la convicción de que había oído hablar a Parkland antes de morir.

Entonces, la cartera de mano que le habían quitado, ¿estaba vacía?

Las horas fueron pasando lentamente. El vigilante fue relevado cerca del mediodía.

Otro sujeto ocupó su puesto. Sprague se dijo que Braddon estaba cometiendo una imprudencia. La gente podía advertirlo y recelar.

Pero nada de eso parecía importarle a Braddon. Recelando de él, quería conocer todos y cada uno de sus pasos.

A las cuatro de la tarde, agarró los bártulos de pintar y salió a la calle.

Montó en su coche y arrancó hacia las afueras de la ciudad. Sin prisas, se alejó fuera del casco urbano, en busca aparente de un lugar apropiado para llevar el panorama al lienzo.

El hombre de Braddon le seguía puntualmente. De cuando en cuando, Sprague miraba hacia atrás por el retrovisor y veía el coche, manteniéndose a una distancia credencial, pero siempre la misma.

Treinta minutos más tarde, detuvo el automóvil, sacó la maleta y el taburete y emprendió la ascensión de una cima de poca altura. El coche de su perseguidor pasó delante, pero Sprague oyó, que se detenía a pocos metros de distancia.

Llegó a la cima y preparó todo para ponerse a pintar. Estaba seguro de que el esbirro de Braddon le estaba rilandando desde algún lugar, convenientemente oculto.

Había bastante vegetación de arbustos y monte bajo. Mientras simulaba embadurnar la tela, miraba disimuladamente hacia todas partes, tratando de descubrir a su vigilante.

Algo chispeó a medio centenar de metros de distan— re. Sprague fingió no haber advertido el destello.

Siguió pintando. El silencio era absoluto. De pronto, creyó oír el ruido de un cuerpo que se arrastraba entre la maleza.

Ahora ya no le cabía la menor duda de las intenciones del sujeto.

Braddon le había enviado para eliminarle.

El pandillero no estaba muy seguro de lo que pretendía él. En la duda, prefería quitarle de en medio.

Sprague siguió pintando sin inmutarse, fingiendo no haber advertido la cercanía del forajido. Se imaginó cuáles eran sus intenciones.

De haber querido disparar contra él, ya lo habría hecho. Lo que pretendía hacer era una reproducción del «accidente» en el cual habían perecido Parkland y Filler.

Súbitamente, captó un jadeo a sus espaldas. En el acto, se dejó caer de lado, esquivando un terrible golpe por cuestión de centímetros.

Una mano armada con una pistola golpeó la lona del taburete. El rufián, perdido el equilibrio, se tambaleó y acabó por caer, derribando el caballete con el cuadro.

Sprague se sentó en el suelo, contemplando a su oponente. Frunció el ceño; era un sujeto más alto y más fuerte que él. En una lucha cuerpo a cuerpo, y sin nobleza, no saldría demasiado bien parado.

Se puso en pie. El otro se había incorporado ya, y le miraba con expresión asesina. Sin embargo, no pudo darse cuenta de que el federal tenía cerrada la mano derecha.

Cargó contra Sprague, blandiendo nuevamente la pistola. Entonces, Sprague le arrojó a los ojos un enorme puñado de tierra.

Cegado, el pandillero rugió, mientras se esforzaba por aclararse la vista. Tranquilamente, Sprague le dio la vuelta y, con su propia pistola, que había soltado para atender sus doloridos ojos, le asestó un fenomenal golpe en la nuca.

Tranquilamente, Sprague vació la pistola, dispersando los cartuchos del cargador por la maleza. Desmontó el arma en varias piezas, que dispersó asimismo. Luego registró al caído, desposeyéndole de otro cargador de repuesto, con el que hizo la misma operación, de una afilada navaja y también de los zapatos.

Se guardó la navaja en el bolsillo. Luego recogió los bártulos de pintar y descendió la pendiente.

Una vez hubo dejado la maleta y el taburete en su coche, buscó el del pandillero. Sacó la navaja y pinchó las cuatro ruedas. Braddon tardaría en recibir noticias de su esbirro.

Silbando una alegre cancioncilla, Sprague emprendió el camino de regreso a su automóvil. Pero no volvió a la ciudad.

* * *

Había dado un gran rodeo, deteniéndose en una estación de servicio situada a unos catorce kilómetros de Colfax Hill, en donde compró unos

bocadillos y una lata de cerveza. Ahora, en la noche, comía, mientras observaba la casa de Braddon desde el mismo sitio en que había visto a su dueño golpear a la hermosa pelirroja.

Las luces de la casa estaban aún encendidas. Sprague se hallaba dispuesto a dejar pasar el tiempo necesario para realizar su incursión con el mínimo de riesgo.

Hizo una mueca. La cerveza estaba caliente.

—Me pusieron muchas cosas en el auto —dijo a media voz—, pero se olvidaron de un refrigerador.

Suspiró al arrojar a un lado la lata vacía. Luego se sacudió las manos y se lamentó de no poder encender un cigarrillo. Era absolutamente preciso que su presencia en la cima del altozano pasara desapercibida.

A su derecha tenía una escala de cuerda, de varios metros de longitud, provista de un gancho forrado de goma en uno de sus extremos. La casa de Braddon estaba rodeada por una tapia de tres metros y medio de altura, completamente lisa, sin el menor asidero que permitiera salvarla. La escala le iba a resultar absolutamente necesaria.

Las horas fueron transcurriendo con exasperante lentitud. Por fin, las luces se fueron apagando una a una.

Sprague esperó más todavía. Era preciso que todos los habitantes de la casa estuviesen dormidos.

Una cosa le preocupaba: no había visto luz en las ventanas enrejadas. ¿Qué o quién había allí?

De pronto, se preguntó si no se trataría de algún cuarto donde Braddon guardaba sus documentos más reservados, en un encierro a prueba de fuego y de bombas, una cámara blindada que bien podía albergar todo lo relativo a sus delictivas actividades.

Y también el dinero obtenido en las mismas, se dijo.

Era preciso ser cuidadoso con los impuestos. Una serie de depósitos bancarios, de elevada denominación y relativa frecuencia, podía hacer entrar en sospechas a los agentes del Tesoro. A Braddon no le convenía en absoluto una investigación fiscal en tal sentido.

«Si es una cámara blindada, me va a resultar imposible entrar en ella», dedujo, no sin un sentimiento de frustración.

Consultó el reloj. Eran ya las tres de la madrugada. Una buena hora para realizar la incursión.

Se puso en pie y se echó bajo el brazo el rollo con la escalera de cuerda la cual abultaba muy poco, debido a la delgadez del nylon. Deteniéndose de cuando en cuando a escuchar, emprendió el descenso.

Minutos más tarde, se hallaba al pie de la tapia. Desenrolló la escala y, asiendo el gancho, lo lanzó hacia arriba.

El gancho agarró. Sprague tiró un par de veces para comprobar su solidez y luego empezó a subir.

Momentos después, estaba a caballo sobre la barda. Invertió la posición de la escala y procuró fijarse en su situación actual. En el momento del regreso, le convenía no perder un solo segundo.

Descendió al jardín y lo cruzó sin hacer ruido, bordeando la piscina. Alcanzó la puerta de acceso a la mansión y tanteó el picaporte.

Estaba cerrada con llave. Sprague encontró que era una solución lógica.

Arriesgándose a ser visto, sacó la linternilla y enfocó el picaporte. En el eje estaba la cerradura. Inmediatamente, apagó la lámpara; era una puerta vidriera y las cortinas del interior estaban descorridas.

Hurgó en sus bolsillos y sacó un pequeño manojó de ganzúas. Tras algunos intentos, dio con la que necesitaba.

Instantes después, tenía el paso libre.

Entró con precaución, no sin sentir un cierto hormiguillo en el cuerpo. Estaba en la casa de un hombre que había ordenado ya ejecutar dos asesinatos y que estaba dispuesto a ordenar el suyo, porque lo creía conveniente para su propia seguridad.

CAPITULO VII

Caminó poco a poco, lanzando frecuentes destellos con su linterna, para evitar inoportunos tropezones con algún mueble que hubiesen podido delatar su presencia.

Un reloj carillón dio de pronto las campanadas de las tres y media y Sprague se inmovilizó, con la lámpara apagada y la vista fija instintivamente en el piso superior. Los ecos de las campanadas se alejaron con vibraciones de frecuencia decreciente.

Reanudó su camino. Abrió una puerta y vio un lujoso salón comedor.

No le interesaba. Otra estancia, que parecía una sala ¿ce estar más íntima, con un mueble bar en uno de, sus ángulos, fue pasada asimismo por alto.

Braddon debía de tener algún lugar de trabajo. Este era, el que le interesaba.

Al fin encontró un despacho. Era una vasta pieza, con una nutrida biblioteca de grandes estanterías, que cubría casi por completo los muros de la habitación.

El ambiente era de severo lujo y contrastaba con el modernismo del resto de la vivienda. Sprague cerró la puerta a sus espaldas y se acercó a la mesa.

Abrió los cajones uno por uno y revisó metódicamente su contenido. No había nada que pudiera convenir a su investigación.

El cajón central estaba cerrado. Sprague lo abrió tras unos esfuerzos no excesivos. Dentro vio una cartera de mano.

La reconoció en el acto. Era la que llevaba Parkland en el momento de su muerte.

Pero estaba vacía o, al menos, así lo aparentaba. Con la ayuda de una navajita de bolsillo, Sprague desprendió los forros de la cartera, sin hallar nada interesante.

Dejó la cartera y el cajón tal como estaban. La cartera era de un tipo corriente, como podían encontrarse muchas. Nadie podría relacionarla con su anterior propietario.

Si había contenido algo interesante, estaba ahora bien escondido, fue la deducción a que llegó momentos después.

Paseó la vista por las estanterías. La luz de la lámpara, situada sobre la mesa, arrojaba un tenue resplandor difuso por la estancia, suficiente para sus ojos habituados ahora a la penumbra. Se estremeció al pensar que registrar aquella enorme librería podía resultar una tarea titánica.

No había ni que soñar en hacerlo. Además, Braddon no iba a ser tan estúpido como para esconder unos documentos comprometedores de una forma tan rudimentaria. Pero lo más probable era que no existieran ni siquiera documentos.

Aquellas «operaciones» se realizaban verbalmente, con el dinero contante por anticipado. Nada de recibos, avisos de entrega ni cheques. Todo de la forma más sencilla... que era la más conveniente también para eludir las investigaciones y las responsabilidades.

Los únicos documentos existentes que podían comprometer a Braddon, habían sido escondidos por Gar Parkland, y ahora se desconocía su paradero por completo.

Abandonó el despacho. A pocos pasos de la puerta, divisó una escalera de amplia curva que conducía al piso superior. El trazado era sumamente audaz y los peldaños estaban forrados de una espesa moqueta roja.

Rememoró la posición de las ventanas enrejadas y, tras unos segundos de vacilación, emprendió el ascenso.

Arriba había un amplio rellano, de forma alargada, al cual daban varias puertas. En el fondo divisó una de aspecto distinto a las demás.

Se acercó a la puerta, observando con asombro que era de acero. Buscó la cerradura, pero no consiguió encontrarla. ¿Cómo se abría aquella puerta?

¿Era la cámara blindada de Braddon? se preguntó.

Repentinamente, un extraño sonido llegó a sus oídos.

Era una queja, un lamento y también un alarido, que parecía brotar de las entrañas de la tierra, una mezcla de grito y gemido, dos hondas resonancias.

Parecía emitido por la garganta de una persona en peligro.

Sprague se estremeció. ¿Quién había al otro lado de la puerta?

El gemido pareció transformarse en un agudo sollozo. Luego, de súbito, alguien aporreó la puerta blindada con todas sus fuerzas.

Los golpes eran terribles, pero sonaban de una forma extraña. A Sprague, le pareció que el sujeto que había al otro lado pegaba contra una superficie blanda.

A pesar de todo, la puerta se estremecía violentamente. Sprague se dijo que alguien oiría inevitablemente aquellos golpes y que acudiría a investigar. Giró sobre sus talones y emprendió una veloz carrera hacia la escalera.

Estaba a mitad de camino cuando, de pronto, se encendieron todas las luces de la casa.

Alguien gritó:

—¡Señor Braddon, es Sladie!

Dos puertas se abrieron de pronto. Braddon asomó por una de ellas.

El joven llegaba en aquel instante al pie de la escalera. Braddon le divisó en el acto.

—¡Detenedle! —aulló.

Alguien apareció frente al joven. Sprague bajó la cabeza y arremetió contra el pandillero con todas sus fuerzas.

El hombre gritó y cayó con los pies por alto. Sprague saltó por encima de él y continuó su carrera.

Oyó la colérica voz de Braddon:

—¿Dónde está Tead? ¿Estaba vigilando o durmiendo en la hierba?

Sprague tomó nota de aquellas palabras. Había un hombre en el exterior... Debía de hallarse en el lado opuesto del jardín cuando llegó, y por dicha razón no le había visto.

Cruzó la puerta y se dirigió a toda velocidad hacia la tapia. De nuevo volvió a oír la voz de Braddon:

—¡Con esa pistola, no, imbécil! ¡Ponle silenciador!

«No le interesa el ruido», pensó Sprague, sin dejar de correr.

Una sombra oscura se dirigió de súbito a su encuentro.

El hombre llevaba una pistola, en la mano.

—¡Párate o disparo! —le intimó.

Sprague refrenó su carrera. El pandillero se le acercó.

—Levanta las manos —ordenó.

—Está bien, pero no tires— contestó el joven.

El pandillero alzó la voz:

—¡Señor Braddon, ya le teng...!

No pudo concluir la frase; descuidó la vigilancia de su prisionero durante una fracción de segundo y Sprague no desaprovechó la ocasión.

Arrojándose contra el pandillero, asió su muñeca armada y levantó la pistola por encima de su cabeza. Luego, con súbito movimiento, se dejó caer hacia atrás.

El pistolero pasó sobre él, dio un par de volteretas por el suelo y acabó por caer a la piscina, con gran estruendo de espumas.

Sprague recogió la pistola de su adversario. Un sujeto corría presurosamente hacia él.

Apretó el gatillo, tirando bajo. Una bala pegó en el verde encementado de la piscina y rebotó con, agudo chillido.

El pandillero retrocedió instantáneamente. La pistola había hecho ruido apenas, debido al silenciador de que estaba dotada.

Sprague agotó la munición del cargador. El centinela lograba de salir

de la piscina en aquel momento.

Le arrojó la pistola, alcanzándole en un lado de la cara. El hombre cayó de nuevo hacia atrás, lanzando un aullido.

Sprague corrió hacia la tapia. Una bala se estrelló contra el muro, a corta distancia. Empezó a preguntarse, que ocurriría cuando su silueta se recortase sobre la barda.

Braddon gritó:

—¡No le matéis! ¡Quiero atraparle con vida!

Sprague alcanzó la escala. Sonó una voz:

—Señor Braddon, Sladie está furioso...

—¡Déjame ahora! ¡Luego subiré a verle! ¡Vamos! ¿Es que vais a dejar que ese entrometido se os escape?

Sprague llegó a la barda. En aquel instante, un hombre saltó tras él.

Estiró el pie y le golpeó en pleno rostro. El pandillero cayó de espaldas sobre la hierba, rugiendo de dolor. Sprague ya no tenía tiempo de colocar la escalera al otro lado. Se dejó caer, flexionando las piernas a fin de amortiguar la potencia del choque. Tuvo que apoyar las manos en el suelo y una de ellas tocó un grueso pedrusco.

Un hombre apareció en la barda.

—¡Quieto o te abraso! —rugió.

Sprague le tiró la piedra, alcanzando el pecho del sujeto. Este vaciló y acabó por caer al otro lado.

El joven emprendió la huida. Favorecido por la oscuridad, se perdió de vista en pocos momentos.

—¡Vaya nochecita! —pensó, mientras corría en busca de su automóvil.

* * *

El jefe de policía le visitó a la mañana siguiente.

Lapham tenía el ceño hosco. Sprague lo advirtió de inmediato.

—He recibido una queja contra usted —le espetó sin más preámbulos.

—¿Ah, sí? —dijo Sprague con indiferencia—. Y ¿de qué se trata, si puede saberse?

—Puede —contestó Lapham—. Anoche entró sin permiso en una casa de esta ciudad.

—Tiene usted una vista maravillosa —sonrió el joven—. Que Dios se la conserve muchos años, jefe.

—Déjese de bromas. Está metido en un serio aprieto y usted es el primero en saberlo.

—Me parece que los dos andamos en aprietos, señor Lapham. ¿Me vio desde su oficina...? suponiendo que haya entrado en la casa que dice, claro.

—No, pero hubo quien le vio y ha formulado un acusación contra usted.

—Dígame ese nombre, jefe —pidió el joven cortésmente.

—Jim Braddon.

Sprague arqueó las cejas.

—¿El hombre importante de Colfax Hill?

—Es un ciudadano respetado...

—Pero no respetable. Y yo no estuve en su casa anoche.

—Braddon tiene varios testigos que le vieron.

Impasible, Sprague señaló el teléfono.

—Salí a las cuatro de la tarde de la ciudad. Estuve pintando un rato y luego me fui a El Paso, donde cené con unos amigos y luego me quedé a una fiesta que daban hasta altas horas de la madrugada. Mis amigos son el señor y la señora Anderson y ellos confirmarán mi presencia en su fiesta.

Lapham se quedó desconcertado.

—¡Eso es imposible! —dijo—. Braddon asegura...

—Los Anderson son personas respetadas y respetables en El Paso. Muchos otros más me vieron allí. ¿Por qué no lo confirma mediante una llamada telefónica? ¿Quiere el número de los señores Anderson?

Lapham dudó. Sprague se gozaba con su incertidumbre.

El jefe de policía podía hacer la llamada. Anderson, contestaría afirmativamente.

Anderson era el agente a cargo de la oficina del F. B. I. en El Paso. Estaba impuesto de la misión de Sprague y, aunque éste no pertenecía a su división, tenía orden de prestarle toda la ayuda que precisase.

—¿Bien? ¿No quiere comprobar mis declaraciones?

—Ese Anderson debe estar advertido de antemano —farfulló el venal jefe de policía.

—No irá a decirme que los testigos de Braddon son unos angelitos.

—Los garantiza él...

—¿Y quién garantiza a Braddon?

Lapham se mojó los labios con la lengua.

—Volveré a verle —dijo—. Tal vez se equivocó.

—Tal vez, no; seguro que se equivocó.

Lapham se puso en pie.

—No creo una sola palabra de lo que ha dicho —gruñó.

—¿Y por qué cree sólo lo que dice Braddon?

—Le conozco desde que vino aquí...

—Lo mismo que a mí, solo que con la diferencia de que yo no uso pistoleros para que me ayuden. ¿Cuánto le paga Braddon al mes, Lapham?

La cara del policía griseo.

—¡No le tolero que...!

—Conozco un testigo que vio a Braddon entregarle a usted un fajo de

billetes. ¿Era su donativo para el baile anual de la policía?
preguntó sarcásticamente.

Lapham se ahogaba. Impasible, Sprague continuó:

—No voy a salirle ahora con esas zarandajas de que al hacerse cargo de esa insignia, juró defender la ley y la justicia. Es usted mayorcito para saber qué es lo que debe hacer, pero sí, en cambio, le diré que, creyendo, ganar, se ha alistado en el bando perdedor. Braddon es una torre demasiado alta para que, al caer, no alcance con sus escombros a cuantos se encuentran demasiado cerca de él. Usted es uno de ellos, Lapham — concluyó el joven.

Lapham abandonó la oficina en silencio. Sprague no se confió en aquel triunfo efímero.

Braddon era un adversario peligroso y él debía tener más cuidado que nunca a partir de aquel momento.

Levantó el teléfono unos momentos después. Quería hablar con Bess Carby.

Apenas lo había hecho, captó un «click» que se le antojó sumamente sospechoso.

Colgó el teléfono sin hacer la llamada propuesta. Estaba intervenido.

Sprague se dio cuenta en aquel momento de que Braddon no le iba a dejar dar un paso sin enterarse minuciosamente de cuanto hacía.

Sin embargo, estimaba necesaria la llamada a Bess. Poniéndose en pie, cogió la chaqueta y se dirigió hacia la salida.

CAPITULO VIII

Habló con Bess desde una cabina pública. Uno de los esbirros de Braddon le vigilaba a distancia, pero al joven no le importaba, porque sabía que no podía escuchar su conversación.

—Necesito hablar con usted —dijo, apenas hubo establecido el contacto.

—De acuerdo —contestó la chica.

—Le haré una advertencia. Braddon me vigila continuamente. Es posible que a usted también le suceda lo mismo.

—Sí, señor Sprague.

—Nos reuniremos esta noche, a seis kilómetros al sur de la ciudad, en la carretera de las colinas. Salga a las ocho y media en punto.

—Entiendo.

—Yo me habré adelantado. Sea puntual, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

Sprague sincronizó su reloj con el de la muchacha. Luego se despidió de ella.

Hubiera querido ir a visitar a Utta Kingsbee, pero no quería comprometer más a la pelirroja. Iría a verla cuando estuviese seguro de no ser seguido.

El resto del día se lo pasó prácticamente tras la ventana de su despacho. Siempre tenía a un hombre de Braddon vigilándole.

Braddon estaba nervioso, se dijo. Temía el hallazgo de la carta de Gary Parkland. De lo contrario, sus investigaciones no le habrían preocupado en absoluto.

A las siete, se dirigió al restaurante donde comía regularmente y encargó una sólida cena, que devoró con buen apetito, aunque con parsimonia, sin darse prisa. A las ocho en punto, abonó la cuenta y dejó el local.

Tenía el coche parado en la puerta. Ya era de noche.

Arrancó en dirección sur. No tardó en darse cuenta de que era seguido.

Aceleró gradualmente. Sus perseguidores aceleraron también.

El coche subió fácilmente la cuesta que conducía al paso de las colinas. A partir de aquel lugar; empezaban las curvas.

Una vez cruzado el paso, Sprague pisó el acelerador a fondo. Tomaba las curvas reduciendo la marcha solamente lo justo, para volver a lanzarse de nuevo a toda máquina.

Así ganó un par de kilómetros a los perseguidores, antes de que pudieran reaccionar. De pronto, al doblar una curva quitó gas y pisó el freno a fondo.

Detuvo el coche en un espacio reducidísimo, haciendo chillar las gomas. Apagó los faros, dio marcha, atrás y viró velozmente, como, si emprendiese el regreso a la ciudad.

Unas luces de automóvil brillaron entonces al otro lado de la curva. Sprague encendió sus faros y lanzó el coche hacia adelante.

Salió de la curva a toda velocidad, amenazando colisionar con el otro coche. Su conductor, deslumbrado y desorientado, golpeó el volante hacia la derecha.

El automóvil se precipitó sobre el talud, que remontó parcialmente. Luego, descendió de nuevo a la carretera y coleó aparatosamente, sin haberse detenido todavía.

El conductor aplicó el freno. Fue un error, porque las ruedas se clavaron primero en el suelo y empezaron a resbalar luego, con agudo chillido, hacia la derecha.

El coche se acercó por segunda vez al talud. Un neumático estalló de repente con atronador estampido. De pronto, toda la zaga del vehículo se estrelló contra el terraplén, con gran crujido de metales abollados. El coche quedó en posición normal, aunque inservible para continuar utilizándolo.

Sprague había frenado cien metros más adelante. Vio el accidente y sonrió satisfecho. Ya no le perseguirían, al menos en un buen rato.

Regresó a la ciudad. Antes de llegar, se detuvo, a quinientos metros de las primeras casas.

A las ocho y media en punto, vio el resplandor de unos faros que se le acercaban rápidamente. Salió de su coche para ser reconocido.

Bess detuvo el suyo junto a él.

—¡Señor Sprague! —exclamó, sorprendida.

—Dé media vuelta y sígame. No pierda tiempo —ordenó él perentoriamente.

Sprague se introdujo de nuevo en su auto y lo puso en marcha. Bess, aunque sin comprender muy bien sus intenciones, le siguió puntualmente.

Atravesaron la ciudad sin detenerse. Diez kilómetros más adelante, Sprague hizo señas de que iba a frenar.

Bess paró su coche detrás del de Sprague. Este ya la esperaba pie a tierra.

La muchacha corrió a su encuentro.

—¿Qué sucede, señor Sprague? —preguntó ávidamente.

—Tal como calculé, unos tipos me siguieron —sonrió él—. Les inutilicé y durante un buen rato no podrán moverse.

—¿Perteneían a la banda de Braddon?

—¿Para quién otro podían trabajar? —contestó Sprague—. Anoche estuve en casa de Braddon.

—¡Cielos! —exclamó Bess—. ¿Habló con él?

—Braddon no parecía propicio a una entrevista, al menos en la forma usual, aunque sí encargó a sus pistoleros que me atraparan vivo. Pero esa entrevista tendrá lugar cuando y como yo quiera.

—Comprendo. ¿Qué ocurrió?

Sprague frunció el ceño.

—¿Conoce usted a un tal Sladie? —preguntó a su vez.

—No. Nunca oí mencionar ese nombre. ¿Quién es?

—Eso es lo que me gustaría saber. ¿Recuerda usted lo que le dije acerca de unas ventanas enrejadas?

—Sí, desde luego.

—Sladie, sea quien sea, está tras esas ventanas.

Bess le miró fijamente.

—No comprendo qué se propone Braddon al tener a una persona encerrada en su casa —dijo—. Podría costarle muy caro.

—Eso mismo opino yo... pero hay algo más todavía.

—¿Sí, señor Sprague?

—Utta sabe quién es esa persona. Esta noche iré a verla.

—¿Utta? ¿No se lo dijo cuando hablaron?

—No. Ella mencionó que ese secreto no tiene nada que ver con este asunto. Yo opino que alguna relación debe de tener... y estoy dispuesto a averiguar la identidad del tal Sladie a toda costa.

—¿Cómo lo hará?

—Utta me ayudará... si es que quería a Parkland tanto como aseguró.

Bess meneó la cabeza.

—Nunca se ha sabido en Colfax Hill que Braddon tuviese encerrado a nadie en su casa —dijo.

—Si es necesario yo lo haré público —afirmó el federal.

—¿Por qué no ha hablado ya con Utta?

—¿Es que ya no se acuerda de que estoy siendo vigilado constantemente? Tengo que ir cuando nadie me vea... y usando antes un teléfono público. El mío está, intervenido.

Bess asintió.

—Señor Sprague —dijo—, me gustaría ir con usted.

—No tengo inconveniente —contestó él—. A propósito, creo que he logrado meter el miedo en el cuerpo a Lapham.

—¿Cómo lo ha hecho?

Sprague le dio detalles de la entrevista sostenida cotí el jefe de policía. Bess asintió pensativamente.

—Si se pudiera demostrar que Braddon le ha pagado dinero, el señor Marcellin iniciaría una vigorosa campaña para propugnar la destitución de Lapham como jefe de policía.

Sprague se sintió inclinado al escepticismo.

—¿Cree usted que se podría obtener algún resultado? —preguntó.

—Menos obtendremos callando —respondió ella con voz firme.

—He leído la información referente a la muerte de Jones. Opino que no está completa.

—¿Qué le falta? —preguntó Bess, intrigada.

—A mi entender, le falta hacer hincapié en el hecho de que Jones muriese allí precisamente y no en ninguna otra parte. Lapham ha dado por sentado que se trataba de un ladrón, pero, ¿qué había que robar en casa de Parkland? No era un hombre rico y usted lo sabe.

—Sí, es cierto.

—Si yo fuese Marcellin, en el próximo número tendería a crear un ambiente de misterio e intriga en torno a ese crimen. Ajustes de cuentas, poderosa organización, asesinos despiadados y cosas por el estilo. La gente se preocuparía... y empezarían a llover las cartas al director. Esto preocuparía también a Lapham y a Braddon, sin dudarlos.

—Es posible.

—Posible, no; seguro. Ellos saben que no me pueden achacar el crimen aunque están convencidos de que tuve que ser yo. Pero podemos emplear la muerte de Jones contra ellos mismos.

—Hablaré con el señor Marcellin —prometió la muchacha—. Estoy segura de que mañana redactará un artículo para el próximo número.

—Muy bien. Entonces, aparte de lo que hagamos nosotros, solo nos faltará esperar la reacción de la gente. Lapham debe mucho a Braddon, pero no puede olvidar que fue elegido por sus convecinos y que también se debe a la ciudad.

—Tendrá que elegir, ¿no? —sonrió la muchacha.

—Debe hacerlo, no le queda otro remedio —aseguró Sprague.

De súbito, vieron en lontananza unos faros de coche.

—Viene alguien —dijo ella.

Sprague reaccionó rápidamente.

—Venga conmigo —dijo, agarrando su mano.

Tiró de la joven. Bess le siguió y los dos se escondieron detrás de uno de los automóviles.

Un coche apareció a poco, lanzado a toda velocidad. Pasó por delante de ellos y se perdió en lontananza.

—Me parece que nos hemos dejado llevar por unos recelos infundados —sonrió Bess.

—No tanto —dijo él—. Se han detenido y vuelven.

Bess lanzó una exclamación. El ruido de la maniobra del automóvil para dar la vuelta era claramente audible en el silencio de la noche, pese a la distancia.

—Tenemos que escapar, señor Sprague.

—Ya no disponemos de tiempo. Nos alcanzarían y sería aún peor. Mire, ahí vienen. Entre en su coche, pronto y siéntese tras el volante.

Bess obedeció. Sprague abrió la portezuela del otro costado y se sentó junto a ella.

—Lo siento —dijo, abrazándola de repente.

—¡Eh! —se asombró la muchacha.

—Abráceme, pronto; hay que disimular.

—¡Vaya una manera de...!

Pero Bess no pudo seguir hablando; los labios de Sprague cortaron sus protestas en seco.

Unos faros de automóvil les iluminaron, a la vez que oía el chirrido de unos frenos a muy corta distancia de la pareja. Una portezuela se abrió y cerró con secos golpes.

Sprague se separó un tanto de la muchacha y fingió quedar deslumbrado por los faros que estaban encendidos frente a ellos. Un hombre se inclinó y miró por la ventanilla.

El federal tenía, aún el brazo izquierdo sobre los hombros de Bess. Fríamente, preguntó:

—¿Se le ofrece algo, amigo?

La mano derecha estaba en el interior de su chaqueta. Si el sujeto hacía el menor gesto sospechoso, abriría el ruego sin vacilar.

—Creo que nos hemos equivocado —gruñó el hombre.

—Lo mismo opino yo —dijo Sprague—. ¿Por qué no se van ya de una vez?

El individuo les arrojó una mirada recelosa.

—Ustedes no son unos adolescentes ya. ¿Era necesario que se alejasen tanto de la ciudad para hacerse el amor? —masculló irritadamente.

Furiosa, Bess le atizó un puñetazo en la nariz. No fue un golpe fuerte, aunque sí lo suficiente para hacerle, lanzar un aullido de dolor.

—¡Maldita! —dijo el pandillero, separándose de la puerta.

Se oyó una voz desde el auto:

—¿Qué sucede, Joffey?

Sprague abrió la portezuela de su lado y saltó al suelo, maldiciendo la impulsividad de la muchacha. No sabía dónde podía conducirles aquel inesperado gesto, ahora que ya creía haber solventado la situación.

Dio la vuelta por delante del coche y se situó junto al llamado Joffey.

—La chica se sintió irritada. Dispénsela —dijo, tratando de mostrarse conciliador.

Joffey le miró un instante. Luego, de improviso, disparó su puño y alcanzó al joven en la mandíbula.

Sprague retrocedió y chocó con el coche, quedando apoyado sobre el guardabarros izquierdo. Bess lanzó un chillido de pánico.

—¡Dale fuerte, Joffey! —gritó el otro—. ¡Cóbrate el susto que nos ha hecho pasar!

Sprague sacudió la cabeza. El golpe había sido tremendo y aún no se explicaba cómo continuaba en pie.

Joffey se le arrojó nuevamente encima. Entonces, apoyándose en el coche, alzó ambos pies y los disparó contra el pecho de su oponente.

El pandillero salió despedido con inenarrable violencia y cayó al suelo en el centro de la carretera. Entonces su compañero se apeó del vehículo y corrió a socorrerle.

Era un hombre fuerte y robusto. De pronto, algo voló por los aires y le alcanzó en medio del pecho, haciéndole vacilar.

—¿Eh, qué...?

Se detuvo un instante, momentáneamente desconcertado. No se había dado cuenta de que Bess, deslizándose por el suelo de su coche, había salido por el otro lado a la cuneta y le había arrojado una piedra.

Antes de que pudiera reponerse, una segunda piedra impactó contra su mejilla. El rufián lanzó un aullido, de dolor y se tambaleó.

Sprague aprovechó la ocasión y le derribó de un terrible derechazo. En el mismo momento, sonó la voz de la muchacha.

—¡Cuidado!

Sprague se volvió. Joffey, enarbolando una pistola, cargaba de nuevo contra él, dispuesto a golpearle en la cabeza.

Aguardó el ataque a pie firme. En el momento en que Joffey bajaba la mano, elevó las suyas y agarró con dedos de acero el antebrazo de su oponente.

Un segundo después, Joffey volaba por los aires hasta unos matorrales próximos, en los cuales se hundió, con gran estrépito de ramas tronchadas. Debían de tener muchas espinas, porque Joffey empezó a chillar atronadoramente, a la vez que se debatía con todas sus fuerzas para alejarse de un lugar tan incómodo.

Sprague recogió la pistola del individuo y luego la arrojó todo lo lejos que pudo.

—Vámonos, Bess —dijo.

CAPÍTULO IX

Las espinas del zarzal tenían muy ocupado a Joffey. Aún no había podido salir, cuando Sprague, agarrándolo por los pies, sacó fuera de la carretera el cuerpo del otro pistolero y, tras desarmarlo, lo dejó en la cuneta.

Tiró la pistola todo lo lejos que pudo. Luego se acercó al coche de los pandilleros y, sacando la llave de contacto, la hizo seguir el mismo camino de las pistolas.

Estaba aflojando la válvula de uno de los neumáticos, cuando oyó un gemido y un golpe sordo. Se volvió, viendo que Joffey caía al suelo.

—Le he dado con una piedra en la cabeza —dijo Bess—. Espero no haberle matado.

Sprague aflojó otra válvula. El aire se escapó con gran fuerza.

Se acercó al cuerpo de Joffey y se arrodilló a su lado.

—Dormirá un rato, lo mismo que su compinche —dijo al levantarse.

—¿Nos vamos ya? —preguntó ella.

—Claro. Suba a su coche; nos reuniremos en la puerta de la casa de Utta Kingsbee.

—De acuerdo —contestó la muchacha, dirigiéndose hacia su automóvil.

Sprague la llamó de pronto.

—Bess —dijo.

Ella se volvió y le miró.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Dispénsame por lo que hice minutos antes. Me pareció una solución adecuada para nuestra reunión aquí.

Bess enrojeció.

—Hubiese dado resultado si yo no hubiera perdido los nervios —contestó—. Pero aquel rufián me insultó como si yo fuese una...

Sprague apretó su brazo con gesto afectuoso.

—No se preocupe —dijo—. De todas formas, no saben dónde nos dirigimos ahora. Y, bien mirado, me gustó su gesto. Pero no la creo a usted recomendable para esposa.

—¡Eh! —protestó ella—. ¿Tan fea me ve?

—Todo lo contrario, pero... como tire los platos tan bien como las piedras, ¡pobre de su esposo el día que se enfade con él!

Bess se echó a reír.

—Si me caso algún día, no creo que llegue a semejantes extremos. Además, es cosa que se puede arreglar con un casco, ¿no le parece?

—O con la vajilla de cartón parafinado— rió él — Bien, vámonos ya.

Emprendieron el regreso a la ciudad en sus respectivos vehículos. Sprague sabía ahora que Joffey y sus compañeros no podrían seguirles de ninguna manera.

Antes lo habían hecho porque, al retroceder, la mansión de Braddon les cogía casi al paso y en ella había podido tomar otro coche, aunque también cabía la posibilidad de que hubiesen detenido uno que pasara por ese lugar donde el suyo había quedado averiado y obligado a su conductor a apearse, amenazándole con las pistola.

Ahora ya no podrían hacer lo mismo. Pocos automovilistas, por desconfianza, se detenían por la noche antes quienes les hacían señales con el pulgar de la mano. También estaban desarmados, lo que les impedía el uso de la fuerza.

Tendrían que regresar a pie a la ciudad y había diez kilómetros desde aquel punto. Dos horas, por lo menos, calculó Sprague.

Él llegó a Colfax Hill en menos de diez minutos. Prudentemente, detuvo su automóvil a unos doscientos metros de la casa de Utta.

Esperó a Bess. La joven se apeó a los pocos segundos.

—¿Por qué se para aquí? —preguntó ella—. Utta vive más lejos...

—Ya lo sé, pero no conviene que algún curioso vea los coches parados ante la puerta de su casa. Nos acercaremos a pie, es más discreto.

Bess reconoció las razones del joven. De pronto, cuanto apenas habían caminado un centenar de pasos, Sprague la cogió por el brazo y tiró de ella, haciéndola resguardarse en un portal.

—¿Qué pasa? —preguntó Bess, alarmada.

—Silencio. Vea quien sale de la casa de Utta.

La joven abrió los ojos desmesuradamente. Angley Lapham aparecía en aquellos instantes en el umbral, mirando a derecha e izquierda con aire receloso.

La calle estaba completamente desierta. Tranquilizado, el jefe de policía abombó el pecho y luego se alejó con paso tranquilo en dirección opuesta a los dos jóvenes.

—Eso no me gusta nada —murmuró Sprague, presa de un inexplicable presentimiento.

Bess dio un paso hacia fuera, pero él la retuvo por el brazo.

—Quieta, espere todavía un momento.

—¿A qué habrá ido Lapham a casa de Utta? —preguntó Bess en voz

baja.

—Para nada bueno, téngalo por seguro —respondió él.

Pasaron algunos minutos. La calle continuaba desierta.

—Bien, vamos a ver —dijo Sprague por fin.

Caminaron a lo largo de la acera. Minutos después, estaban ante la puerta del piso que ocupaba Utta.

Bess se dispuso a llamar. De pronto, Sprague advirtió que la puerta no estaba cerrada del todo.

—Espere —dijo—. Temo lo peor.

—¿Cómo? —se espantó la muchacha.

Sprague sacó un pañuelo.

—Yo iré delante —dijo—. Par favor, no toque nada; si le ha ocurrido algo malo a Utta, es imperativo que no dejemos huellas que puedan comprometernos.

Ella asintió. Sprague acabó de abrir la puerta y cruzó el umbral.

Las luces de la casa estaban apagadas. Sacó su linterna y la encendió.

El salón estaba vacío.

—Utta debe de hallarse en su dormitorio — apuntó Bess, dominada por una indefinible sensación de miedo.

—Eso creo yo —convino él.

Avanzaron una docena de pasos más. Sprague lanzó el haz luminoso de su linterna al interior del dormitorio de la dueña del piso.

Utta Kingsbee, estaba tendida boca abajo sobre el lecho, cubierta únicamente por un camisón de vaporosos encajes.

—Está dormida —dijo Bess. Y levantó la voz—: ¡Utta, por favor!

—Utta no se despertará ya —declaró Sprague sorprendentemente. Acababa de descubrir una mancha oscura en el lado izquierdo de su cabeza.

Bess lanzó un gemido. Se tambaleó, y hubiera caído al suelo de no haberla sostenido el federal por la cintura.

—Manténgase firme —dijo él imperativamente—. No toque nada, se lo repito.

Ella, asintió. No tenía fuerzas, para hablar.

Sprague se arriesgó a encender la luz, presionando el interruptor con los dedos protegidos por su pañuelo. Luego se acercó al lecho mientras Bess se volvía de espaldas, para no contemplar el cuadro.

Él, federal se inclinó sobre Utta y tocó su mejilla izquierda, parcialmente manchada de sangre. La carne estaba todavía tibia, prueba de que la muerte s, había producido no hacía mucho tiempo.

Se arrodilló, junto a la cama y separó con todo cuidado los cabellos, en la parte de la herida. Observó el lugar del golpe pensativamente.

Había sido asestado con un instrumento contundente, de forma rectangular y aristas muy afiladas. Algo parecido a una regla de metal, se

dijo.

Parte de la sien había cedido. El golpe no tenía que haber sido muy fuerte, sino solamente asestado en el lugar preciso.

Se puso en pie, y examinó los alrededores del lecho. Adivinó la forma en que se había producido la muerte de Utta.

—¿Có... cómo ha muerto? —preguntó Bess de pronto, con voz entrecortada.

—Le asestaron un fuerte golpe en la sien, hundiéndole el parietal —contestó Sprague—. El asesino la cogió por sorpresa; ella no tuvo tiempo de enterarse.

—¿Lapham?

—Es más que probable, aunque también pudo ocurrir que viniese aquí, solo para comprobar su muerte. No hemos tardado tanto como para que el cuerpo de Utta esté frío del todo.

—Quizá le ordenó Braddon que viniese a comprobar el estado de Utta —sugirió la muchacha.

—No tendría nada de extraño. Fíjese en que Utta tenía solamente el camisón puesto. A Lapham le habría recibido con la bata puesta. En cambio, a una persona de su confianza...

—Como Braddon —apuntó Bess.

—Sí. Utta le amenazó con divulgar su secreto... el de ese Sladie que está encerrado en su casa. Fue un arranque de ira, pero no pensaba hacerlo, por supuesto. Sin embargo, Braddon lo tomó en serio... y como tenía a sus sabuesos detrás de nosotros, tuvo que hacerlo él en persona.

—Lo que no entiendo es como Utta se atrevió a abrirle —dijo Bess.

—¿Sabe usted si él conservaba aún una llave de esta casa?

Bess se quedó parada.

—Es verdad —dijo—. Y en tal caso, Utta saltó de la cama, solamente a tiempo de ver a Braddon que la atacaba.

—Así opino que debió de ocurrir la cosa. Pero ya no podemos hacer nada más en la casa. Tenemos que irnos antes de que vuelva Lapham con instrucciones de su amo; sería capaz de cargarnos el crimen.

Bess asintió. Sprague apagó la luz con todo cuidado, y luego, usando la linterna, se dirigió hacia la salida.

Estaba a punto de alcanzarla cuando, de pronto, se oyó el ruido de la cerradura al abrirse.

Sprague saltó a un lado, arrastrando consigo a la muchacha, justo en el momento en que giraba la puerta. La cabeza de un hombre que usaba sombrero de ala ancha apareció al momento.

Sprague no perdió el tiempo. Movi6 el brazo y descargó un fenomenal golpe sobre la nuca del jefe de policía. Lapham cayó de bruces al suelo, como un fardo. Sprague tiró de la mano de la chica y saltó por encima de su cuerpo.

—Cuidado, no tropiece —dijo.

Inesperadamente, Bess tiró de su brazo.

—Un momento, Myron —dijo.

Sprague lo miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

—Lapham ha vuelto en busca de algo que olvidó él...o lo olvidó Braddon. No ha venido a «descubrir» el asesinato; de lo contrario, habría llegado con menos precauciones... y, probablemente, acompañado de Teck Worr, su alguacil. El hecho de que haya venido solo, me inspira muchos recelos, a decir verdad.

Sprague asintió.

—Sí, debe de tener razón. —Inclinándose, arrastró el cuerpo del jefe de policía hasta el interior de la casa, cerró la puerta y encendió la luz, usando, como siempre, su pañuelo.

—Busque por ahí —dijo—; yo lo haré por otro sitio. Pase siempre su pañuelo por todos los sitios que toque con los dedos —advirtió.

Bess asintió. Sprague empezó a rebuscar por todas partes, sin perder de vista al inconsciente jefe de policía. Se preguntó qué habría podido olvidar Braddon en aquel lugar.

Bess le llamó de pronto.

—Myron, venga, por favor —llamó desde una habitación contigua.

El joven acudió a la carrera. Junto a una consola, Bess examinaba unos papeles, entre los cuales se veían también algunas fotografías.

Braddon y Utta aparecían en varias de las fotografías.

—Esto no tiene importancia —dijo Sprague—. Todo el mundo conocía sus relaciones, ¿no?

Bess sonrió maliciosamente.

—¿Usted cree? Braddon debía representar el papel de ciudadano conspicuo, de elevada posición y ajeno a las debilidades humanas. ¿Cómo me hubiera enterado yo de las relaciones suyas con Utta, a no ser porque me lo dijo el pobre Gary?

—Entonces, olvidó estas fotografías... pero eso no es concebible, si vino expresamente para matarla.

—Use la cabeza, hombre —dijo Bess—. En aquel momento, Braddon no se acordaba de las fotografías en absoluto. Por otra parte, puestos a correr riesgos, podría desafiar el que supondría la publicación de las fotografías, en que aparece junto a Utta. Pero, ¿qué me dice de esta otra?

Con gesto triunfal, Bess sacó de debajo de todos los papeles una fotografía que enseñó al joven. Sprague se quedó atónito al verla.

Había un hombre retratado, con una apariencia realmente horripilante. Parecía un gorila, tremendamente velludo y con ojos saltones, de estatura gigantesca y con brazos caídos en posición simiesca. Pero era un ser humano, pese a su apariencia.

—¿Le conoce usted? —preguntó Sprague, una vez se hubo repuesto de la impresión recibida.

—Jamás le he visto —aseguró ella enfáticamente.

Sprague la agarró por el brazo.

—Vámonos —dijo—. No quiero que Lapham nos sorprenda cuando despierte. ¿Ha borrado bien sus huellas?

—Por supuesto.

Apararon las luces. Lapham empezaba a moverse cuando abrieron la puerta.

Momentos después, estaban en la calle; Sprague propuso ir a su despacho para examinar las fotografías y los documentos con más atención.

Ella accedió sin vacilar. Poco después, se hallaban en la oficina del joven.

Mientras Sprague examinaba los documentos, Bess encontró un hornillo eléctrico y una cafetera, que llenó de agua.

—¿Algo de particular? —preguntó la joven, mientras arrojaba el café al agua.

—Sí. Parece que son cartas de amor, cruzadas entre Utta y Gary Parkland —respondió él.

CAPÍTULO X

Bess se sentó frente al joven, con el platillo en una mano y la taza en otra.

—Esas cartas no tienen sentido —dijo—. Utta y Gary podían verse a diario...

—Por lo que he podido deducir, pertenecen a los primeros períodos de sus relaciones —contestó Sprague— Y ninguno de los sobres tiene sello, lo cual me hace pensar que Gary se las entregaba a Utta en propia mano para no hacerse sospechoso.

—Pero eso no tiene sentido —insistió Bess—. Podían verse a diario...

Sprague golpeó las cartas con el índice.

—Podían verse, en efecto, pero no hablar de modo distinto a como hablarían los demás pandilleros con Utta. Recuerde, en aquella época Utta era todavía la «chica del jefe».

Bess asintió.

—Sí, debían procurar ser prudentes —convino. Dejó la taza y el plato sobre la mesa—. ¿Y las fotografías?

—Las conservaba Utta.

—Acerca de esas hay una explicación; Braddon pudo haberle dado un ejemplar... pero ¿y la de ese gorila con figura humana?

Sprague examinó la fotografía con más detenimiento.

La iluminación era pésima, lo cual hacía que muchos detalles estuviesen borrosos o mal definidos.

—Fue tomada subrepticamente, por lo que no se pudo emplear «flash», que hubiese proporcionado una mayor nitidez a la imagen —dijo, al cabo de unos momentos—. Parece, por otra parte, que está sumamente ampliada, lo cual me hace creer que fue tomada con una microcámara, tipo encendedor de bolsillo.

De pronto, metió la mano en su chaqueta y sacó una lupa del tamaño de una moneda de a dólar. Se la colocó en la órbita izquierda, a modo de monóculo, y cerró el ojo derecho.

—Aquí, a la izquierda, veo una mancha oscura —dijo—. Parece ser el

hombre de una persona, aunque no podría asegurarlo. Lo que sí distingo al fondo, es una pared que creo está acolchada.

Recordó los raros sonidos que se habían producido en la puerta blindada y convino consigo mismo en que, efectivamente aquella habitación debía de estar acolchada por la parte interior.

Comunicó sus sospechas a la joven. Bess se mostró de acuerdo con él.

—Entonces, ese sujeto está loco —dijo.

—Así lo creo yo. Estaba furioso la noche en que hice la incursión en casa de Braddon; uno de los hombres se lo gritó a éste y Braddon respondió que luego se ocuparía de él o algo por el estilo.

Sprague se mordió los labios.

—¿Por qué tanto interés en ocultar a Sladie? —murmuró.

—Utta lo sabía —dijo Bess.

Sprague hizo un gesto con la cabeza. Luego miró a la muchacha.

—Bess, cuando hable con Marcellin, como dará la noticia de la muerte de Utta, dígame que subraye el hecho de que ella y Parkland iban a casarse. —Le entregó las cartas y las fotografías, menos la del sujeto con aspecto de simio—. Esto apoyará la información...

—Sí —contestó él.

—La muerte de Parkland puede achacarse a accidente, aunque fue un asesinato. Sin embargo, lo que no se puede hacer es sugerir un suicidio en el caso de Utta.

—Braddon se verá en un apuro— afirmó ella.

—En algo más que un apuro me gustaría verle —dijo Sprague.

* * *

La noticia de la muerte de Utta fue conocida al día siguiente.

Debido a la importancia del suceso, el director del *Sentinel* decidió adelantar unas horas su publicación, de tal modo que el periódico salió al atardecer, en lugar de a la mañana siguiente, que era la fecha que le correspondía.

Sprague no había vuelto a hablar con Bess, la cual estaba advertida de que no debía usar su teléfono. Compró un ejemplar del periódico y se quedó de piedra apenas leyó las declaraciones de Lapham.

El jefe de policía declaró haber hallado a Utta en el cuarto de baño. Según sus personales impresiones, la joven debía de haber resbalado en la bañera, golpeándose contra el borde de la misma. Un lamentable accidente, concluía sus declaraciones al periódico.

Más abajo, Marcellin hacía resaltar el hecho de que resaltaba extraño que dos personas que iban a casarse hubiesen perecido en sendos accidentes.

Marcellin sostenía la teoría de que, existía o había existido una oscura confabulación para acabar con la vidas de aquellos dos jóvenes y, haciéndose portavoz de los deseos de la comunidad, acuciaba al jefe de policía para que hallase a los asesinos.

—El director del *Sentinel* mencionaba también a Audie Jones, el cual había sido hallado muerto en casa de Parkland. La explicación de que se trataba de un ladrón, decía, no podía convencer ni a un chiquillo de pecho.

Sprague dedujo que la información levantaría roncha en la piel de Lapham, pero, a pesar de todo, si éste se mantenía en sus trece, la muerte de Utta pasaría por accidente y la de Jones no sería investigada.

Por la noche, cuando se disponía a acostarse, sonó el teléfono.

Levantó el auricular.

—Sprague —dijo.

—Soy Braddon — sonó una voz poderosa al otro lado del hilo. Quiero hablar con usted.

—¿Ahora?

—Ahora.

Sprague dudó un momento. Eran cerca de las once de la noche. ¿Pensaba Braddon tenderle una trampa?

La voz del *gángster* sonó impaciente.

—¿Sprague?

—Está bien. Acudiré dentro de media hora.

—Muy bien.

Sonó un «click». Pensativamente, Sprague revisó su revólver.

La llamada de Braddon le había desconcertado. En cierto modo, demostraba osadía..., pero también seguridad en sí mismo.

Al cabo de unos instantes, tomó una decisión. Buscó el número de Bess y llamó a la muchacha.

—Braddon me ha dicho que vaya a su casa —dijo.

—¿Acudirá usted? —preguntó ella angustiadamente.

—Desde luego. Estaré allí poco antes de la doce. Si a la una en punto no he llamado, diciéndola que ya estoy de vuelta en mi casa, haga el favor de llamar a la persona que le indicaré. Anote su nombre y número de teléfono, por favor.

Bess lo hizo así. Intrigada, al par que aprensiva, preguntó:

—¿Quién es este Anderson, Myron?

—Un buen amigo mío —contestó él evasivamente.

—Tenga cuidado —rogó Bess, comprendiendo que, por alguna razón, Sprague no quería darle más detalles.

—En eso estamos de acuerdo —rio él brevemente. Y colgó.

Faltaban pocos minutos para las doce, cuando Sprague, sigilosamente, llegó junto a la puerta vidriera que había forzado noches antes.

Se asomó con cuidado, mirando hacia el interior a través de una abertura en las cortinas. Braddon estaba sentado en un sillón, con una copa de coñac al alcance de la mano y un cigarro entre los dientes.

Sostenía una carpeta sobre sus piernas cruzadas y parecía muy interesado en examinar su contenido. Sprague se dijo que debía de tratarse de documentos de la fábrica que le servía de tapadera legal.

Asió el picaporte y lo hizo girar en silencio. La puerta era corredera y la deslizó a un lado, dejando el hueco justo para pasar. Luego cerró a sus espaldas.

Braddon continuaba el examen de los documentos. Era un hombre robusto, de amplio tórax y bien conservado aún, a pesar de haber sobrepasado largamente los cincuenta años.

Permaneció inmóvil unos momentos. Braddon se dio cuenta repentinamente de que no estaba solo y alzó la vista.

Hizo un leve gesto de sorpresa, pero se rehízo de inmediato.

—Es usted muy hábil en entrar en las casas por caminos poco corrientes, señor Sprague —dijo.

El joven avanzó hacia él.

—Empiezo a familiarizarme con la tapia de su jardín —sonrió.

—Hay un hombre de vigilancia en el jardín.

—Está atado y amordazado.

Braddon arqueó las cejas.

—Creo que he estado subestimándole —manifestó.

—Tal vez... —convino el joven tranquilamente—. ¿Puedo...?

Señaló la botella de coñac. Braddon hizo un gesto de indiferencia.

—Sírvese a su gusto —accedió.

Sprague vertió un dedo en una copa análoga a la de Braddon. Olió el licor y lo probó con apreciación de experto.

—Buen coñac — alabó.

—Me gustan las cosas buenas —dijo Braddon—. ¿No quiere sentarse?

—Gracias. Estoy bien de pie. ¿Para qué me mandó llamar?

Braddon alargó una mano. Entonces, Sprague se fijó en un pequeño paquete de forma rectangular que había sobre la mesa. Estaba envuelto en papel sin membrete ni marcas de ninguna clase y sólidamente sellado con tiras de papel adhesivo.

Braddon le arrojó el paquete.

—Tome —dijo—, guarde eso y lárguese de Colfax Hill.

Sprague comprendió de qué se trataba.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Quince mil. Suficientes para un picapleitos entrometido, que juega a los detectives. Lárguese de la ciudad antes de que se me agote la paciencia

por completo.

—Esto no es un juego, Braddon. Se han cometido dos asesinatos...

—Dos accidentes —le interrumpió el *gángster*.

—Ambos sabemos que fueron asesinatos —insistió Sprague firmemente.

—En todo caso, no podría demostrarlo.

Luego lo reconoce.

—No reconozco nada —contestó Braddon de mal humor—. Le he dicho que no me tiene más. Pasaré por alto todo lo que ha hecho...

Sprague dejó el dinero sobre la mesa.

—Yo no me llamo Lapham —contestó significativamente.

Braddon frunció el ceño.

—Su terquedad me está haciendo sospechar...

—¿El qué, Braddon? —preguntó Sprague, al observar que el otro se interrumpía.

—Usted no es un abogado, como pretende hacer creer.

—Llevo dos meses en la ciudad y he desempeñado algunas gestiones legales con pleno éxito. Registré mi título en las oficinas del juez local. ¿Qué más quiere?

—Algunos funcionarios del gobierno también tienen título de abogado.

—¿Por ejemplo?

—Muchos agentes del F. B. I... del Tesoro... de los Servicios Secretos... ¿A cuál de ellos pertenece usted?

—Pertenezco a Myron Sprague, simplemente.

—Está mintiendo, pero lo pasaré por alto. ¿De veras no quiere irse de la ciudad?

—No.

—Es usted contumaz. Lo lamentará.

—Usted lo lamentará aún más. ¿Con qué mató a Utta, con una regla de metal?

Los ojos de Braddon se oscurecieron de pronto.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó.

Sprague sonrió.

—Estuvo a verla y la mató. Luego escapó y envió a su lacayo a que averiguase si Utta había muerto o no. Lapham le informó positivamente, pero entonces, usted le dio orden de que buscara en la casa de Utta unos documentos que le comprometían gravemente. ¿Le ha dicho Lapham que no solo no encontró esos documentos, sino que le golpearon hasta dejarlo inconsciente?

—De modo que fue usted —dijo Braddon.

—Sí.

—¿Y... encontró los documentos?

—Sí.

La cara de Braddon se contrajo.

—Pagaré el doble si me los devuelve —propuso.

—Imposible. No están en mi poder... salvo uno de ellos: una fotografía de un hombre llamado Sladie.

Ahora, Braddon pegó un respingo de sorpresa.

—¡Una fotografía! —estalló—. ¡Eso es imposible!

—La tengo yo, aunque no encima, por supuesto. Sospecho que fue Parkland el que la obtuvo cuando, creo, alguien llevaba su comida a Sladie. Debió usar una microcámara y una película muy sensible. Más detalles: Sladie está encerrado en una habitación acolchada, con ventanas enrejadas. ¿Me equivoco?

Braddon le miraba fijamente.

—Usted está hablando lo mismo que Parkland —dijo—, Me amenazó con un sobre misterioso... que no ha aparecido.

—Esa fotografía aparecerá —aseguró Sprague.

—No me gustaría —manifestó Braddon.

Sprague se encogió de hombros.

—Usted ha cometido dos asesinatos... bueno, ha ordenado cometer uno y realizó otro en persona. Debe pagar por ellos.

—¿Lo hará usted?

—Eso estoy intentando.

—Muy bien —sonrió Braddon. De pronto dijo—: ¿Le gustaría conocer a Sladie?

Sprague vaciló. Estuvo a punto de contestar negativamente, pero se sintió impulsado por una curiosidad irrefrenable.

A fin de cuentas, pensó, seis balas de calibre 38 podían detener al mismísimo Hércules redivivo.

—Conforme. Vamos a conocer a Sladie.

Braddon se puso en pie.

—Sígame —dijo, a la vez que emprendía el camino hacia el piso superior.

Braddon caminó delante, sin volver la cabeza ni una sola vez. En su fuero interno, Sprague no pudo por menos de admirar la arrogancia de aquel hombre, que no se daba por vencido en ningún momento.

Rozó con las yemas de los dedos la culata del arma. El contacto con el revólver le infundió nuevos ánimos.

Los dos hombres llegaron al rellano del piso superior. Tranquilamente, pero sin vacilar, Braddon se encaminó hacia la puerta blindada.

Sprague se retrasó ligeramente. Temía una trampa.

Braddon llegó junto a la puerta. Sacó algo del bolsillo, semejante en tamaño a un paquete de cigarrillos largos y, asiendo con dos dedos algo que había en uno de sus lados, tiró hacia arriba.

Sprague vio que era una antena telescópica. La cajita oblonga no podía ser otra cosa que un emisor de radio.

Probablemente, pensó, solo emitiría determinadas señales: las que se necesitaban para activar el mecanismo de apertura de la puerta. Esta empezó a deslizarse suavemente a un lado, apenas hubo presionado Braddon el control correspondiente.

Un ronco gruñido brotó del interior de la estancia enrejada. Una figura viviente se puso en pie con lentitud y caminó hacia la salida con cierta torpeza.

Los ojos del joven se dilataron por el asombro y el horror. El prisionero apareció entonces bajo el dintel, claramente iluminado por las lámparas del techo.

Sprague miró a Braddon. Pero Braddon no le miraba a él, aunque le señalaba con una mano:

—¡Mátale, Sladie! —rugió inesperadamente.

CAPITULO XI

Sprague apenas se había recobrado aún de la impresión recibida.

Sladie medía dos metros de altura y debía de pesar, calculó, ciento diez kilos. Tenía unos hombros anchísimos y sus brazos eran gruesos como un mediano tronco de árbol.

Debía de tratarse de un extraño caso de atavismo, una singular recesión de los genes hereditarios, que solamente un biólogo habría sabido explicar. El vello no solo le cubría el cráneo, sino también la cara casi por completo, a excepción de las cuencas orbitarias, y las manos, enormes, de dedos como morcillas.

La expresión de Sladie indicaba una carencia casi total de inteligencia, la cual debía limitarse a lo justo para la satisfacción de sus necesidades más elementales. Era un monstruo de pesadilla... ¡pero podía matar!

Sprague retrocedió vivamente unos cuantos pasos, mientras Sladie, con paso torpe, avanzaba hacia él. Por fortuna, pensó el joven, no era demasiado ágil.

Descendió un par de escalones, contemplando al horrible ser que se le acercaba. De pronto, decidiéndose, sacó el revólver.

—¡Braddon! —dijo—. Estoy apuntando a la frente de Sladie. Ordénele que regrese a su encierro o le mataré.

Braddon lanzó un aullido de rabia.

—¡Eso no! —chilló.

—¡Pues hágale volver atrás! —ordenó el joven—. Sólo a usted le obedece... pero yo estoy dispuesto a salvar mi vida, téngalo bien presente.

Sladie se había detenido, desconcertado al parecer por lo que estaba oyendo. Braddon se colocó delante de él.

—¡Atrás, Sladie! ¡Vuelve a tu habitación!

El monstruo obedeció mansamente. Giró sobre sus talones y caminó hacia su encierro.

Braddon cerró la puerta por el mismo procedimiento. Luego se volvió.

Sprague continuaba con el revólver en la mano.

—¿Quién es Sladie? —preguntó, aún estremecido por el pánico.

—Eso no le importa —respondió Braddon abruptamente.

—Usted quiso matarme. Luego, mi muerte habría parecido otro «accidente»... a manos de un sujeto carente de razón y en un ataque de demencia furiosa. ¿No era eso lo que había planeado?

Braddon apretó los labios, pero no dijo nada. Sprague emprendió el descenso de la escalera, sin perderle de vista.

De pronto, Sprague oyó un ruidito a sus espaldas. Instintivamente, se agachó, a la vez que giraba sobre sí.

Un hombre cayó sobre él, gruñendo de ira al fallar el golpe. Sprague rodó por el suelo, escabullándose del individuo. Luego, antes de que éste se recuperase, le golpeó en un lado de la cara con la mano en que tenía el revólver.

El pandillero quedó acurrucado en el suelo, gimiendo de dolor. Sprague se incorporó.

Braddon continuaba en lo alto de la escalera.

—Le derrotaré —prometió el joven—, téngalo en cuenta.

—No vivirá mucho —aseguró el *gángster*.

Sprague ya no quiso decir nada más. Protegido por su revólver, ganó la salida y cruzó el jardín a la carrera.

Llegó a su casa minutos antes de la una. Inmediatamente, y según lo convenido, llamó a Bess.

—Estoy de vuelta —dijo.

—Gracias a Dios —exclamó la chica fervientemente—. ¿No le ha ocurrido nada?

—Demasiado, aunque tuve la fortuna de salir con bien. Mañana le explicaré todo con detalle.

—Me gustaría que lo hiciera a la hora del desayuno. ¿Por qué no se viene a desayunar con nosotros?

—¿Nosotros? —se extrañó él—. ¿Quiénes son los demás, aparte de usted?

Sonó una alegre carcajada.

—Papá, mamá... y dos hermanos menores que yo, Billy y Charlie —contestó ella.

—Me deja usted asombrado —manifestó Sprague.

—¿Pensaba que no tenía familia?

—Usted no me había hablado de ella...

—No se suscitó la conversación como ahora. ¿Vendrá? Le espero a las ocho, Myron.

—Si el café es bueno...

—Lo preparo yo —contestó Bess intencionadamente.

—Entonces, tiene que ser excelente. Hasta mañana, Bess.

—Hasta luego, Myron; las doce dieron hace rato— le corrigió ella.

—Es verdad. Buenas noches, Bess.

—Buenas noches.

Sprague colgó el teléfono y empezó a desnudarse, mientras, reflexionaba acerca de todo lo que le había ocurrido durante su estancia en la mansión de Braddon.

Se preguntó quién podía ser Sladie y por qué tenía Braddon tanto empeño en mantenerlo oculto a la vista de la gente. Si era un demente, independientemente de su aspecto físico, ¿no había centros siquiátricos donde podía estar mejor atendido que en aquella casa?

Aquel problema y otros muchos le mantuvieron desvelado durante largo rato. Finalmente, se durmió y lo hizo de un tirón, hasta que sonó el despertador.

Una ducha de agua fría despejó de su cerebro las últimas brumas del sueño. En pocos minutos estuvo vestido y, a las ocho en punto, llamaba a la puerta de la casa de Bess.

* * *

Después del desayuno, Bess le condujo a una salita donde podían hablar solos, con toda confianza.

Durante el desayuno, no habían mencionado el tema en absoluto. Bess había sabido ser discreta, pero también estaba ardiendo en deseos de conocer las novedades.

Sprague fue rápido pero explícito. Al terminar, ella se quedó sumamente pensativa.

—No comprendo el interés de Braddon en mantener oculto a Sladie —manifestó, perpleja—. Diríase que es un pariente muy allegado...

Sprague hizo un gesto.

—¿Un pariente muy allegado? —repitió—. Su hermano... pero Sladie me pareció mucho más joven que él... ¿Sabe si Braddon ha estado casado? —preguntó repentinamente.

—No, nunca hemos sabido nada al respecto... —Bess se espantó—. Cielos, ¿quiere decir que Sladie es hijo suyo?

—De otro modo cómo explicarse ese interés en mantenerlo a su lado? Bess se mordió los labios.

—Tiene que ser así —convino por fin—. Pero, ¿qué es lo que ha motivado el nacimiento de un ser tan horroroso?

—Son misterios de la herencia —contestó el joven—. Quizá, ni el mejor biólogo del mundo podría aclararlo, pero de lo que no hay duda alguna es de que se trata de un caso de indudable atavismo.

—Un retroceso en el progreso físico y mental del hombre —dijo ella.

—En efecto. Y, a fin de cuentas, si Sladie es hijo suyo, se comprende que quiera evitarle los efectos de una malsana curiosidad y el ser atendido

por unas manos ajenas.

—Lo cual no le impidió darle la orden de que le matase.

—No, pero yo estaba dispuesto a volarle la cabeza si no le hacía retroceder. Braddon se dio cuenta de que no bromeaba y encerró de nuevo al monstruo.

Bess se estremeció.

—No me gustaría toparme con él —comentó.

—A mí me ha costado mucho dormirme —sonrió Sprague.

—Me lo imagino. El caso es —añadió Bess desanimadamente, que todavía seguimos igual. El sobre no ha aparecido...

Sprague se echó hacia atrás en el sillón.

—¿Por qué diría Gary que estaba en el tercer estante de su librería? Aparte de que, según se cuente, hay dos terceros estantes...

—Myron, Gary no dijo nunca en el tercer estante, sino *detrás del tercer estante* —le rectificó ella.

Sprague la contempló con ojos muy abiertos.

—Detrás del tercer estante —repitió a media voz. Luego levantó el tono —: Y nosotros hemos mirado siempre *detrás de los libros*.

Los ojos de la muchacha se iluminaron.

—¡Claro! —exclamó—. A Jones le pasó lo mismo, y también a todos los que revisaron aquel lugar. No es detrás de los libros donde hay que buscar, que así hemos interpretado todos la frase, sino detrás del estante.

—Pero solo hay la pared —alegó Sprague.

—La pared —repitió ella—. ¿Recuerda usted cómo está decorada la habitación?

—Sí, empapelada con un papel ya anticuado, florecitas, hojas y grecas... —Sprague hizo chasquear sus dedos—. Es cierto, ahora sí que lo entiendo por completo.

Bess se puso en pie.

—¿Vamos a mirar de nuevo? —propuso.

—Necesitaremos alguna herramienta...

—Un cuchillo bastará —dijo Bess firmemente—. Espéreme un momento, volveré enseguida.

Minutos después, salían de la casa. Sprague observó que la vigilancia sobre él había cesado.

Ello le hizo sentirse más preocupado que otras veces. ¿Qué se proponía Braddon?

—De todas formas —dijo Bess, mientras el coche guiado por Sprague rodaba hacia la casa de Parkland—, aunque encontremos ese sobre, será muy difícil que probemos que la muerte de Gary fue un asesinato. No hay siquiera un testigo...

—Se equivoca —dijo Sprague—. Hay un testigo.

—¿Quién? —presunto ella, sorprendida.

—Yo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Usted... vio... morir a Gary? —preguntó Bess al cabo.

—Sí. Siento no haber dicho nada hasta ahora, pero no podía hacerlo.

—¿Por qué?

—Secreto profesional, Bess. Espere a que encontremos el sobre y conozcamos su contenido, se lo ruego.

Ella se mordió los labios. No acababa de entender a Sprague, pero confiaba en él.

—Myron —dijo de pronto.

—¿Sí, Bess?

—¿Cómo... mataron a Gary?

—Los hicieron apearse del coche y les golpearon en la cabeza, dejándoles sin sentido. Luego les volvieron al interior del automóvil y lanzaron este al barranco.

—¿Lo vio todo?

—Por completo. Estaba mirando a través de unos prismáticos, pero demasiado lejos para intervenir. Por otra parte, cuando me di cuenta de que ya era tarde para hacer algo en su favor, decidí no mencionarlo a nadie.

—Nos engañó a todos —dijo Bess.

—Tenía que hacerlo. Gary aún vivía cuando llegué a su lado. Pronunció el nombre de Braddon y el suyo también. Dijo *Bess sabe...* y enseguida murió.

Los ojos de Bess se llenaron de lágrimas.

—Pobre Gary —murmuró—. ¿Por qué se unió a semejante forajido? ¿Qué trabajos hacía para Braddon, Myron? ¿Lo sabe usted?

—Sí —contestó el joven—. Se encargaba de traer drogas de contrabando desde Méjico.

CAPITULO XII

Minutos más tarde, se detenían ante la casa de Parkland.

Para sorpresa de Sprague, Bess sacó de su bolso una llave.

—Me la había dejado Gary —explicó—. Quería que inspeccionase la casa cuando estaba ausente... pero nunca me imaginé que se hubiese mezclado en un negocio tan sucio. ¿Es usted un agente del gobierno? —preguntó repentinamente.

Sprague decidió que ya no tenía motivos para ocultar su verdadera identidad.

—Sí, F. B. I. —admitió lacónicamente.

—Me lo figuraba —dijo Bess con sencillez.

Abrió la puerta y entraron en la casa, dirigiéndose rectamente hacia la salita donde había muerto Audie Jones.

Bess descorrió las cortinas. Sprague empezó a apartar los libros de los dos terceros estantes.

Cuando los hubo quitado todos, quitó también las tablas. Luego pidió a la muchacha el cuchillo.

Bess se lo entregó. Sprague empezó a rasgar el papel, levantándolo para dejar al descubierto el estuco que había debajo.

Aparentemente, no había nada tras el papel. Sprague, sin embargo, no se dio por vencido y empezó a picar el estuco con ligeros golpes de la punta del cuchillo.

Súbitamente, un trozo del enyesado, de un decímetro cuadrado, saltó fuera, dejando a la vista un envoltorio cubierto con plástico. Sprague terminó de ensanchar la abertura y sacó la bolsa de plástico, en cuyo interior se veía un sobre bastante abultado.

Miró a la muchacha y sonrió.

—Lo hemos conseguido —dijo.

Bess tenía las mejillas encendidas.

—Gary no mentía —contestó.

—Es cierto —admitió Sprague—. Detrás del tercer estante, no de los libros. El hecho de que sea el tercero, contando desde arriba, no altera la

cuestión. Bien, vamos a examinar el contenido de este sobre.

Quitó la envoltura de plástico, que había servido para aislar los documentos, de la humedad y rasgó el sobre.

Dentro había un cuaderno con numerosas anotaciones. Sprague lo hojeó rápidamente.

—Braddon está derrotado—sentenció al cabo.

—¿Va a detenerlo?

Sprague meditó unos instantes.

—Mi deber es recabar la ayuda de las autoridades locales —respondió.

—Pero Lapham no le ayudaría —adujo Bess.

—Tiene un alguacil. ¿Qué tal persona es Teck Worr?

—Decente. Se trata de un muchacho recto y honesto... El ruido de los frenos de un automóvil se oyó de pronto en el exterior.

Sprague corrió hacia la ventana. Un instante después, decía:

—¡Es Lapham!

Bess se alarmó.

—¿A qué ha venido aquí? —exclamó.

Sprague regresó junto a la mesa, metió— el cuaderno en el sobre y éste en la bolsa de plástico, que entregó, a la muchacha acto seguido.

—Tome —dijo—, salga por la puerta de atrás. Telefonee a Anderson inmediatamente y dígame lo que hay.

—De acuerdo.

Bess recogió su bolso y escapó a la carrera, en el momento en que se oía el ruido de la puerta al abrirse.

Sprague se colocó un cigarrillo entre los labios. Tranquilamente, esperó la llegada del jefe de policía.

Lapham entró en la sala, le miró y luego escrutó cuanto había en la estancia.

—Vengo a detenerle, Sprague —dijo.

—¿Bajo qué acusación, jefe? —preguntó el joven.

—Tenencia ilícita de armas, en primer lugar; y ahora, después de lo que acabo de ver, asalto y violación de domicilio. Entrégueme su pistola —ordenó Lapham perentoriamente, con la mano apoyada en la culata de su revólver.

Sprague sacó el suyo sosteniéndolo con dos dedos.

—No quiero que dispare contra mí, acusándome de haber intentado matarle —dijo.

Lapham permaneció impasible.

—Eso es lo último que se me ocurriría hacer —contestó, a la vez que se apoderaba del revólver del joven— ¡Andando! —ordenó acto seguido.

Minutos más tarde, Sprague quedaba encerrado en una celda de la cárcel. Mientras Lapham daba vueltas a la llave, dijo:

—Supongo que ahora irá a ver a su amo para pedirle instrucciones, ¿no

es así?

—Braddon no es mi amo —contestó el policía.

—¿He mencionado yo algún nombre? —rió Sprague.

Los dientes de Lapham crujieron de rabia.

—¡Maldito picapleitos! —barbotó—. ¡Después de ésta, no le van a quedar ganas de meter más sus narices en los asuntos de los demás!

Giró sus talones y se disponía a irse, cuando el joven le llamó de nuevo.

—¡Lapham!

El policía se volvió solo a medias.

—¿Qué quiere, Sprague? —preguntó malhumoradamente.

—Hacerle una profecía tan solo —contestó el joven. Con acento solemne, dijo—: Antes de que se acabe el día, estará ocupando mi puesto en esta misma celda.

Lapham le dirigió una larga mirada, pero ya no pronunció una sola palabra más.

Sprague quedó solo en la celda. Se quitó los zapatos y se tendió en el camastro con las manos bajo la nuca.

Fumó un par de cigarrillos, preguntándose cuales podrían ser las intenciones del policía. Al cabo, aburrido, terminó por dormir.

Despertó a media tarde. Worr, el alguacil, le trajo algo de comida.

—Vine antes, pero estaba dormido y no quise despertarle— se disculpó.

—El sueño me ha hecho tanto bien como el que me va a hacer esta bandeja —rió él. De pronto, inquirió—: ¿La ha traído usted mismo?

—Sí, claro —se extrañó el alguacil.

Sprague se humedeció los labios con el café.

—No parece tener un gusto extraño —comentó.

—¿Acaso teme que le envenenemos? —se amoscó Worr.

—Usted es un chico decente, pero otros no lo son.

—Le entiendo perfectamente, señor Sprague —manifestó Worr—, pero quiero que sepa que he estado siempre en desacuerdo con los métodos que ha empleado mi jefe.

—Esos son los informes que tengo yo —contestó el joven llanamente.

El día transcurría con gran lentitud. Al hacerse de noche, Sprague escuchó la voz de Lapham.

—Puedes irte a casa, Teck —dijo—. Yo me quedaré a vigilar al prisionero.

—Bien, señor Lapham.

Sprague oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Luego se hizo el silencio nuevamente.

Hacía calor. Estaba solo con el alguacil.

¿Cómo le atacarían? se preguntó.

Tenía la seguridad de que iban a intentar asesinarle aquella misma noche. ¿Enviaría Braddon a alguno de sus rufianes para colaborar con el

venal Lapham?

Las horas fueron transcurriendo lentamente. Sprague, aburrido, iba a dormirse ya, cuando de pronto, oyó el ruido de la puerta al abrirse.

Captó también el sonido de unas voces y el tintineo de unas llaves. Se dispuso a actuar para defender su vida.

Oculto en el tacón de uno de sus zapatos, tenía un diminuto cartucho productor de humo. Por fortuna, Lapham se había limitado a un somero registro.

Se preparó, sentado en el camastro. De pronto, oyó pasos.

Dos hombres aparecieron ante su vista. Sprague les conocía perfectamente.

Joffey dijo:

—Ahora no te van a valer tus artimañas.

El otro le apuntaba con un revólver. Joffey tenía en la mano una cuerda de evidente confección casera.

—Mañana aparecerás ahorcado —sonrió perversamente—. Tus remordimientos te afectaron tanto, que destrozaste una manta para fabricar una cuerda para ahorcarte. Acusarán a Lapham de incompetente y negligente, pero un jefe de policía no puede estar en todo.

Sprague no dijo nada. Toda su atención estaba centrada en el revólver que sostenía el otro pistolero.

Joffey insertó la llave en la cerradura. Sprague pensó que debía esperar a que la puerta estuviese abierta para lanzar la bomba de humo.

Joffey tiró de la puerta hacia sí. En aquel momento, se oyeron voces en el exterior.

—¡Les digo que no pueden ver a Sprague a estas horas! —gritó Lapham.

—Queremos convencernos de que está todavía con vida —contestó Bess a voz en cuello—. ¡Señor Anderson, enséñele sus credenciales a este bergante!

Sprague lanzó un poderoso grito:

—¡Anderson! ¡Bess! ¡Cuidado, hay dos pistoleros y han venido a matarme!

Al mismo tiempo que hablaba, tiró la bomba de humo y se arrojó al suelo.

El pistolero armado hizo un disparo. La detonación resonó atronadoramente en aquel reducido espacio.

Sprague rodó sobre sí mismo, procurando situarse tras la nube de humo, que aumentaba de tamaño rápidamente. Sonaron pasos rápidos en el corredor.

—¡Entréguense! —sonó la voz de Worr.

Joffey alzó las manos en el acto. El otro intentó defenderse.

Worr y Anderson dispararon a un tiempo. El pistolero aulló al sentirse

herido. Giró sobre sí mismo y se desplomó al suelo.

—Me rindo —dijo Joffey.

—Ocúpese de él, Worr —ordenó Anderson.

Sprague salió a través de la nube de humo. Sonrió.

—¿Qué tal, señor Anderson? Su llegada no ha podido ser más oportuna. Bess corrió hacia él y se colgó del cuello.

—¿Está bien, Myron? —preguntó.

Sprague la miró y sonrió.

—Apuesto a que ahora no tendría que fingir si repitiésemos la escena de la otra noche —dijo.

Ella se sofocó.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decir? —exclamó, separándose de él con presteza.

Sprague guiñó un ojo a Anderson.

—Creo que he metido la pata —dijo. Alargó la mano y estrechó la del federal—. Gracias por su llegada tan oportuna.

—Se lo debe todo a esta chica tan linda —contestó Anderson, un hombre de casi cincuenta años, de mediana estatura y aspecto enérgico—. Ella fue la que me llamó inmediatamente de su detención. Por supuesto, vinimos hacia aquí a todo correr.

—Y llegaron justo a tiempo— Suspiró Sprague. Lanzó una mirada hacia el pistolero caído—. No es uno de los peces más gordos, sin embargo.

Worr metió en una celda a Joffey, tras desposeerle de su pistola. Su compañero había muerto.

Salieron a la oficina. Lapham, vigilado por otro agente federal, estaba hundido en su sillón.

Era la viva estampa del abatimiento. Worr llegó del departamento de celdas y dijo:

—Señor Lapham, de acuerdo con las autoridades de Colfax Hill, queda destituido de todos sus cargos. Entréguese la estrella.

Lapham obedeció en silencio. Luego Worr añadió:

—Hay unas cuantas acusaciones contra usted —dijo: Prevaricación, complicidad en asesinatos... Tengo que arrestarle.

El ex jefe de policía se puso en pie y se dejó llevar a una celda sin pronunciar una sola palabra. Worr regresó a los pocos momentos.

Anderson dijo:

—Bien, Sprague; nosotros ya le hemos ayudado, tal como se nos ordenó. ¿Cuáles son sus proyectos ahora?

El joven reflexionó un momento.

—¿Dónde está el cuaderno de Parkland, Bess? —preguntó.

—Se lo he entregado al señor Anderson, apenas llegó a la ciudad —contestó la muchacha.

—Así es —confirmó el federal—. Y puedo asegurarle que, a simple

vista, contiene muchas cosas interesantes. Ya hay uno de mis hombres expidiendo telegramas a distintos sitios, para solicitar unos cuantos mandamientos de arresto.

—Eso está bien —aprobó el joven—. Voy a ir a visitar a Braddon.

—¿Sólo? —preguntó Bess aprensivamente.

—El amigo Worr me acompañará. Yo no puedo hacer un arresto; él lo hará por mí, pero me dejará actuar hasta el último instante, ¿no es así?

—Lo que usted mande, señor Sprague —contestó el joven alguacil.

—Nosotros nos quedaremos vigilando la cárcel —dijo Anderson.

—Muy bien, pero nos conviene sorprender a Braddon —contestó Sprague—. Worr, haga el favor de traer aquí a Joffey.

—¿Qué quiere hacer con ese pistolero? —preguntó Bess.

Sprague sonrió.

—Sencillamente, obligarle a que le diga a Braddon que su misión está cumplida —respondió.

CAPITULO XIII

Sprague y Worr utilizaron el coche de los pistoleros para desplazarse hasta la mansión de Braddon. Este vio llegar el vehículo y manipuló el mecanismo eléctrico de apertura de la verja exterior.

Había bastante distancia de la tapia a la casa. Sprague conducía el coche y lo detuvo al pie de la entrada principal. En el camino, había dado instrucciones a Worr, el cual le prometió cumplirlas fielmente.

Sprague desembarcó del coche y avanzó hacia la casa. La puerta estaba abierta y pudo entrar sin dificultad.

El salón se hallaba vacío. Sprague se imaginó dónde debía de hallarse el *gángster*.

Avanzó sin hacer ruido y llegó ante una puerta entornada. La voz de Braddon sonó de pronto.

—¿Joffey?

Sprague empujó la puerta. Braddon se hallaba sentado en un sillón, medio vuelto de espaldas a él, examinando unos documentos con toda atención.

Sprague quedó inmóvil bajo el dintel. Braddon repitió:

—¿Joffey?

—No, Sprague.

Braddon se puso rígido. Tardó algunos segundos en volverse, al mismo tiempo que se ponía en pie.

Dirigió una larga mirada al joven. Luego, tras unos momentos de silencio, dijo:

—Así que Joffey y Tead han vuelto a fallar.

—Tead está muerto. Joffey ha quedado arrestado.

—¡Pero me dijo que todo...!

—Le obligamos a que le hablase. Tead había muerto ya. Lapham ha sido detenido también.

Una capa de ceniza se extendió por las facciones de Braddon.

—A pesar de todo, no conseguirán demostrar nada...

—La policía de Méjico está recibiendo en estos momentos un telegrama

para detener a un tal Manuel Somoja, de Sonora. Más telegramas se han dirigido ya a otras ciudades de los Estados Unidos, y también de Méjico.

Sprague hizo una corta pausa.

—El sobre que mencionó Parkland ha aparecido. Contenía una libreta con una serie de datos sumamente interesantes, acerca de la red que usted había montado para la compra y distribución de la droga. Muchos negarán, es lógico, pero alguno acabará por hablar... Joffey el primero.

—No encontrarán drogas...

—La casa será demolida, si es preciso... aunque me imagino que en la celda de Sladie encontraremos una buena cantidad de narcóticos.

Braddon acusó el golpe. Sprague lo— notó en el acto.

—¿Qué mejor lugar para esconder las remesas que recibía de Méjico, hasta que llegase el momento de su distribución? ¿No es cierto, Braddon?

El *gángster* sonrió.

—Le desafío a que consiga entrar allí —contestó.

—No menosprecie nunca a sus adversarios y menos si estos pertenecen al F. B. I. ¿Quiere ver mis credenciales?

Braddon palideció otra vez.

—¿F. B. I.? —repitió—. Eso lo explica todo —añadió con un murmullo.

—Menos la muerte de Parkland.

—Iba a dejarme —contestó Braddon—. Esto no se puede hacer en una organización como la mía.

—¿Y Filler?

—Tuvo la mala suerte de encontrarse junto a él, en aquellos momentos. Por otra parte, no era un elemento seguro tampoco.

—Luego admite que dio la orden de matarlos.

—Solo privadamente —contestó Braddon.

—¿Sabe que vi personalmente como se cumplía aquella orden?

Braddon abrió los ojos.

—Ya me lo suponía, pero llegué a creer que no había visto nada —respondió—. Debí haberle dado muerte desde el primer momento.

—No hubiera conseguido nada. ¿Cree que soy el único agente del F. B. I.? Otro hubiese venido detrás de mí... y otro, y otro...

—Pero yo habría podido escapar.

—¿Dejando a Sladie?

Hubo un momento de silencio. Las facciones de Braddon se crisparon.

Sprague preguntó:

—¿Qué es Sladie para usted?

—Mi hijo.

El joven inspiró profundamente.

—Lo sospechaba, aunque se me hacía difícil de creer —manifestó.

Braddon se pasó una mano por la frente.

—Él no tiene la culpa de su desgracia... ni yo tampoco, por supuesto.

—¿Tal vez su madre? —apuntó Sprague.

—Oh, no, era una mujer completamente sana, muy hermosa... pero se mató, horrorizada al ver el hijo que había dado a luz.

—No comprendo los motivos de la anormalidad de Sladie, a menos, claro está, que se trate de una recesión de los genes hereditarios. Pero eso parece raro, teniendo en cuenta que usted y su esposa eran personas perfectamente normales.

—Yo estuve en el cuarenta y cinco con las fuerzas de ocupación del Japón. Permanecí algunas semanas en Hiroshima, ayudando a la población civil y suministrándoles víveres. Cuando nació Sladie, el médico me dijo que tal vez me hubiesen afectado los restos de radiación que quedaron después de la bomba atómica.

—Comprendo.

—Nos examinaban a diario, las normas de descontaminación eran muy estrictas... pero no cabe duda de que debí ser afectado por radiaciones de elementos atómicos todavía «calientes». Sladie es el resultado de aquellas semanas en Hiroshima.

—Lo siento, Braddon, pero eso no justifica lo que ha hecho.

—Sí, lo sé. —El *gángster* meneó la cabeza—. Nunca quise enviar a Sladie a un centro benéfico. Es como un niño, con reacciones primarias, pero, a veces, se enfurece y ni yo consigo dominarlo.

—Ayer le hizo volver a su habitación.

—Tal vez comprendió, la amenaza que representaba su revólver. No sabe leer, pero sí interpreta las imágenes gráficas. A pesar de todo, él y yo nos entendemos bastante bien.

—Es lógico. ¿Contenía algo la cartera que sus secuaces arrebataron a Parkland? —preguntó Sprague súbitamente.

—Drogas, aunque le parezca mentira.

—Yo no encontré nada —dijo Sprague.

Braddon sonrió.

—Saqué la remesa inmediatamente —explicó.

—Y ahora está arriba, en el cuarto de Sladie.

—Sí.

—Tendré que llevármelo arrestado, Braddon —dijo el federal.

—Solo podrán procesarme por las drogas. De la cárcel se sale, recuérdelo.

Sprague sonrió.

—Estoy viendo encima de la mesa una regla de metal, bastante pesada. Un arma ideal para cometer un asesinato, ¿no es cierto?

—Particularmente, le diré que sí. No lo reconoceré de una manera oficial.

—Está equivocado. El canto de la regla ajustará exactamente a la fractura que causó en la sien izquierda de Utta Kingsbee. Por supuesto,

exhumaremos su cadáver para realizar esa diligencia.

Braddon frunció el ceño.

—Esa zorra... —masculló—. Amenazó con revelar a todos el secreto de Sladie. Es mi hijo, ¿comprende? Él no tiene la culpa de lo ocurrido, pero tampoco quiero que sea exhibido por ahí en las barracas de feria, como un monstruo de la naturaleza...

—Será custodiado en un establecimiento adecuado y estará tan bien atendido como lo estaba aquí —aseguró Sprague—. Bien, vamos, Braddon; tenemos que irnos.

El *gángster* dudó un momento. Luego, repentinamente, se volvió y, asiendo la regla, cargó contra Sprague.

El federal saltó a un lado. Braddon jadeó al fallar su golpe. Sprague trató de sacar el revólver, pero hubo de dedicar toda su atención a defenderse de los feroces golpes que le tiraba Braddon con la regla.

Parecía haber enloquecido. Sprague casi empezó a temerle.

Súbitamente, Braddon giró sobre su talones y echó a correr fuera del despacho.

Sprague salió en su persecución.

—¡Párese, Braddon! —le intimó, apuntándole con el arma.

Pero el asesino parecía haber enloquecido y no le hizo el menor caso. Con una agilidad insospechada en un hombre de su corpulencia, emprendió el ascenso al piso superior, en el momento en que Teck Worr irrumpía en la casa.

—¿Qué sucede? —preguntó. Vio a Braddon trepar por las escaleras y levantó la mano armada.

—¡Quieto, no dispare! —ordenó Sprague, dirigiéndose a todo correr hacia la escalera.

Worr le siguió en el acto. A mitad de la ascensión, Sprague gritó:

—¡Braddon, no abra esa puerta!

—¿A qué puerta se refiere usted? —preguntó Worr, desconcertado.

Sprague no contestó. Llegó arriba y se detuvo, justo en el momento en que la puerta blindada se deslizaba silenciosamente a un lado.

La gigantesca figura de Sladie apareció bajo el umbral.

—¡Mátalo, Sladie, mátalo! —aulló Braddon.

Detrás de Sprague, Worr lanzó una exclamación de asombro.

—¡Dios mío! ¡Es increíble!

Sladie avanzó pesadamente hacia el joven. Sprague retrocedió a su pesar.

Worr decidió que no debía correr riesgos y disparó una vez. Sladie se estremeció, mirándose el lado izquierdo del pecho, en la parte superior, donde había sido alcanzado por el proyectil.

Sladie se había detenido. Worr continuaba apuntándole con su revólver.

Un ronco gemido se escapó de pronto de los labios de aquel ser anormal. Inesperadamente, giró sobre sus talones y se dirigió hacia Braddon.

—¡No, Sladie, a mí no! —chilló el *gángster* con acento despavorido.

Worr disparó de nuevo. El proyectil alcanzó a Sladie en el centro de la espalda, pero lo único que consiguió fue irritarle más todavía.

El dolor que sentía le cegó. Braddon intentó escapar, pero las manos del monstruo demente se cerraron sobre su cuello.

Sladie le agitó y zarandeó como si fuese una pluma. De pronto, se oyó un terrible chasquido y los movimientos de Braddon cesaron.

Era una escena horripilante. A pesar de todo, Sladie, en su demencia, no dejaba de zarandear aquel cuerpo con sus manos.

Worr apretó el gatillo dos veces más. Un proyectil atravesó la nuca de Sladie.

El demente se convulsionó un instante. Luego, muy despacio, soltando el cuerpo que aún tenía entre las manos, empezó a arrodillarse. Inclínó el cuerpo y se quedó inmóvil, acucillado sobre sí mismo.

El silencio se desplomó sobre la casa. Lentamente, Sprague guardó el revólver y se acercó a los dos cadáveres.

—¡Qué horrible, qué horrible! —repetía Worr una y otra vez.

Sprague meneó la cabeza.

—Ese pobre ser estaba loco... pero para Braddon debió ser espantoso saber que iba a morir a manos de su propio hijo.

—¿Cómo? —respiró el policía.

—Avisaremos que vengan a recoger los cuerpos —contestó Sprague—. Luego le explicaré todo. De todas formas, usted no tiene que reprocharse nada, Worr.

El nuevo jefe de policía se sintió muy aliviado al oír aquellas palabras.

—Sí, señor. Muchas gracias, señor Sprague —contestó.

* * *

Myron Sprague estaba preparando su equipaje, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Abrió. Era Bess Carby.

—Hola —sonrió ella—. Me han dicho que te marchas.

—En efecto. Todo está liquidado y...

—Aquí no tienes nada que hacer, ¿no es eso lo que querías decirme?

—Bueno, Bess, yo... Pero entra, no te quedes en la puerta. Desde luego, pensaba despedirme de ti.

Ella le miró maliciosamente.

—En tu lugar, yo no iría a mi casa —dijo—. Tengo un padre muy rígido y sabe que su hija, soltera, joven, y no mal parecida, ha andado en malos

pasos con un hombre también joven y de agradable presencia.

—No me salgas ahora con que tu padre quiere que yo repare un honor que no ha sido mancillado en absoluto —farfulló Sprague disgustadamente.

—Tú y yo lo sabemos así, pero las apariencias dicen todo lo contrario —contestó ella con una risita—. Y yo no pienso desmentirlas ni hacer creer a la gente lo contrario.

—Tú lo que quieres es cazarme —dijo él.

—Bueno, ¿y por qué no admitirlo?

—Vaya una frescura — se asombró Sprague.

—¿Prefieres que ande con remilgos y monaditas? Me gusta la claridad en todo, Myron. Y caramba, pero si tú también me quieres a mí ¿Por qué te empeñas en disimularlo?

—Bueno, es que tengo miedo a que me arrojes los platos a la cabeza. Me acuerdo de las pedradas que tirabas a los bandidos...

Bess se echó a reír.

—A mi marido no le tiraré más que besos y abrazos —contestó, acercándosele—. Vamos, hazte cuenta de que nos están vigilando unos *gángsters* peligrosos y tenemos que disimular.

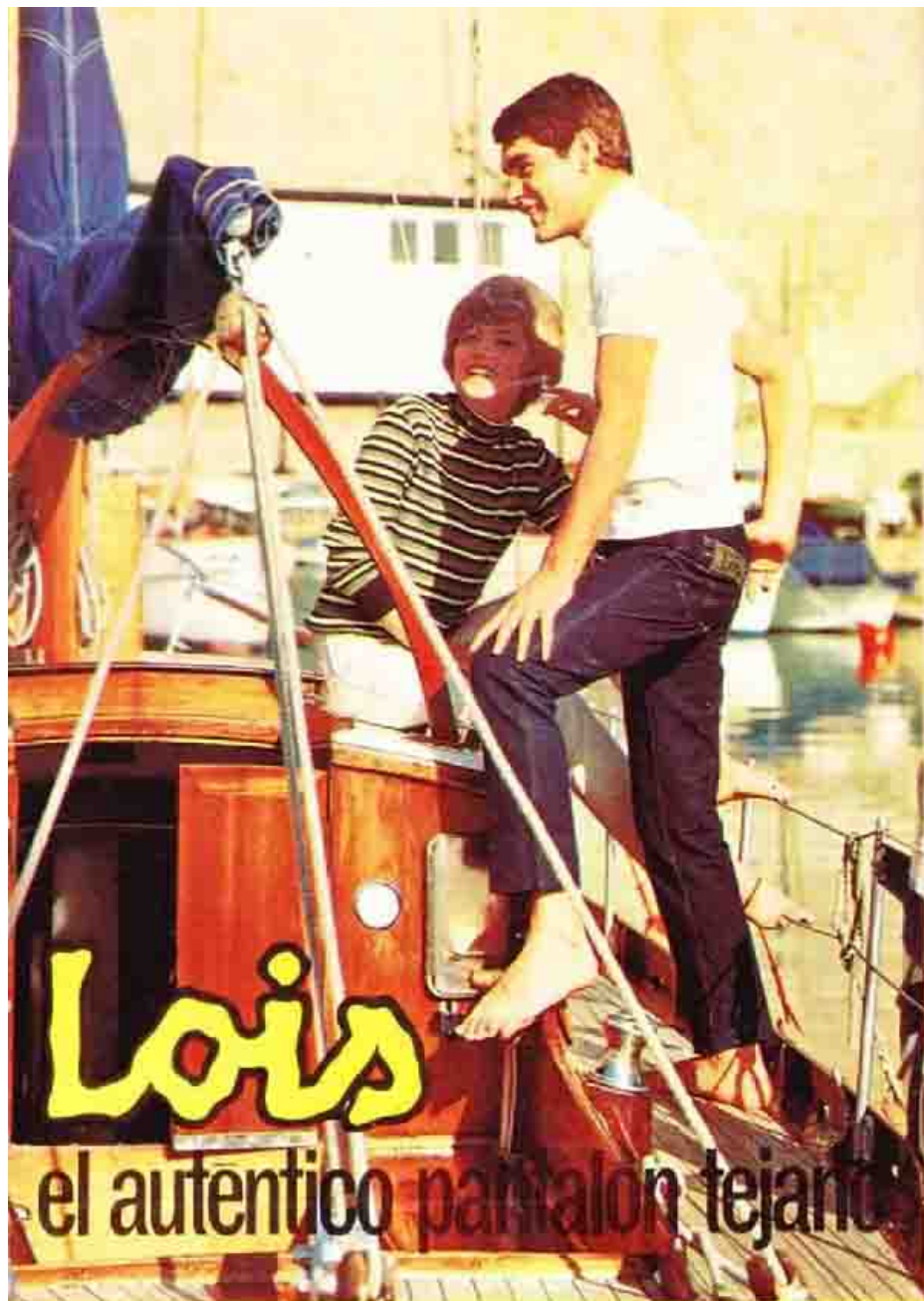
—Con mucho gusto —accedió él.

Después de aquel beso, Bess lanzó un profundo suspiro.

—Bien, lobo solitario, te he cazado —dijo. Le miró cariñosamente—. Tu soledad se ha concluido —afirmó.

—Eso creo yo —concordó Sprague, volviendo a abrazarla de nuevo.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.